

# ARREPENTIMIENTO

¡Una vida  
plena de  
Alegría!

M. Basilea Schlink

M.BASILEA SCHLINK

# ARREPENTIMIENTO

¡UNA VIDA PLENA  
DE ALEGRÍA!

---

Evangelische Marienschwesternschaft  
Darmstadt, Alemania

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft,  
Darmstadt, Alemania  
Todos los derechos reservados.  
Título original en alemán: *Buße, glückseliges Leben*

Primera edición alemana 1959  
Última versión en español 2014  
Versión como PDF 2023  
ISBN 978-3-87209-932-7

Todos los derechos están protegidos por las leyes internacionales del Derecho del Autor. Los contenidos y/o portada no pueden ser reproducidos total ni parcialmente por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso del dueño del copyright.

A menos que se indique de otra forma, las citas bíblicas corresponden a Dios Habla Hoy 1996 de Sociedades Bíblicas Unidas. Otras versiones usadas de la “Biblia Sagrada” son indicadas, también para encontrar en internet bajo “Bible Gateway”.

[info-es@kanaan.org](mailto:info-es@kanaan.org) [www.kanaanhispano.net](http://www.kanaanhispano.net)

# INDICE

Introducción.....	4
Una confesión.....	8
El arrepentimiento, un poder creativo, vivificante y que nos trae gozo.....	17
El arrepentimiento hace descender el Reino de los cielos a la tierra.....	26
El arrepentimiento, el llamado de Dios a los cristianos para la salvación y el bienestar de sus naciones.....	38
El camino al arrepentimiento.....	52
Nuestros mayores obstáculos para arrepentirnos:	
<b>PRIMERA PARTE:</b> Falta de arrepentimiento por causa de nuestro orgullo, autojustificación y falta de voluntad.....	61
<b>SEGUNDA PARTE:</b> Falta de arrepentimiento porque no reconocemos la voz de Dios en sus correcciones.....	73
<b>TERCERA PARTE:</b> Falta de arrepentimiento porque no tomamos la Palabra de Dios como un compromiso para nuestra vida.....	84
Dios está esperando que volvamos a Él arrepentidos y que Le amemos.....	91
Arrepentimiento: el llamado para hoy y el llamado para los últimos tiempos.....	100
Oración pidiendo el arrepentimiento.....	110

## INTRODUCCIÓN

“Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos está cerca” está escrito en grandes caracteres a la entrada de la pequeña tierra de Canaán (Kanaan) en Alemania. El arrepentimiento es el tesoro que nuestras fundadoras, la Madre Basilea y la Madre Martyria descubrieron hace muchos años, el secreto de una vida rebosante de gozo, porque aquél a quien mucho se le perdona, ama mucho, como leemos en los Evangelios. Y esta renovación fue ampliamente difundida. El arrepentimiento es como una piedra tirada en el agua que produce una serie de ondas.

Ha comenzado un movimiento espiritual, un movimiento del “reino de los cielos”, por así decir... Innumerables personas alrededor del mundo, incluyendo muchos jóvenes, han empezado a vivir de una manera nueva y distinta porque han experimentado el poder redentor de Jesús. Los testimonios que presentamos a continuación dan fe de eso:

“Era una noche de invierno y estaba muy ocupada preparando apuradamente la cena cuando sonó el teléfono... Una voz que no había escuchado hace mucho tiempo, decía del otro lado:—¿Podría venir hasta aquí? Necesitamos su ayuda—. De inmediato, me puse en caminohacia

allá. La casa era hermosa y lujosa, con autos en la entrada del garaje, y hermosos niños, aparentemente un hogar próspero y feliz. Pero sólo encontré aflicción, las maletas de ella preparadas, lágrimas, amargura y desesperación. La decisión de separarse ya había sido tomada. Conversamos un poco... pero todo fue inútil. Yo le pregunté si quería dar una vuelta conmigo en auto, solas ella y yo, para tomarnos una taza de café y conversar... Regresamos a mi casa y yo entré para buscar un librito llamado *‘El arrepentimiento, una vida plena de alegría’* de Basilea Schlink y le pregunté si ella estaba dispuesta a prometerme algo. Me miró con ojos interrogativos y yo le dije: —Quiero que lea ese libro con sumo cuidado y que someta su vida al señorío de Jesús. Y entonces, si persiste en su decisión de dejar a su esposo, hágalo pues no habría nada más que yo pudiera hacer—. Esto sucedió hace tres años y hasta hoy ellos están juntos. *‘El arrepentimiento’* es el atajo que nos conduce al corazón del Padre, a Su amor y a Su perdón.”

“La lectura del libro titulado *‘El arrepentimiento’* me ha cambiado la vida. Mi corazón ansía un arrepentimiento más profundo. La oración al final del libro ha sido mi clamor a Dios todos los días. El modo de vida que había adoptado era cómodo y comprometedor. Amaba de veras a Jesús, pero me había conformado con

algo menos de lo que podía tener. Tampoco era serio en cuanto a obedecer los mandamientos de Dios... Pero ahora, el arrepentimiento está adquiriendo un nuevo significado para mí y estoy descubriendo la alegría que reporta. Hay algo nuevo surgiendo en mi corazón. Un profundo clamor al Dios Altísimo...”

“Mientras leía *‘El arrepentimiento’*... lágrimas de no sé dónde, comenzaron a fluir y de repente, me vi postrada en el suelo arrepintiéndome y confesando mis pecados. Los temores que llenaban mi vida se desvanecieron. Las personas a quienes solía encontrar difíciles de tratar en nuestra iglesia y en otros lugares, ahora podía amarlas sin dificultad y sinceramente...”

“En las dos últimas semanas sentía como si las comisuras de mi boca se hubieran quedado paralizadas porque era incapaz de reír ni de sonreír y me preguntaba por qué. Jesús me mostró que en mi vida algunas cosas estaban fuera de control y que debía arrepentirme de ellas, seriamente.

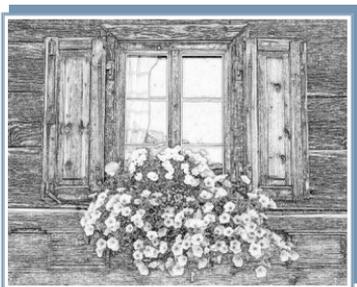
Estoy sumamente agradecida por lo que Él ha hecho porque ahora puedo sonreír y lo siento dentro y fuera de mí... Creo que este libro desde ahora será mi compañero inseparable”

“Estoy preso en una cárcel local, pero soy libre en Cristo Jesús... Disfruté mucho cuando leí su libro *‘El arrepentimiento, una vida plena de alegría’*. Ciertamente, puedo testificar de esta

gracia de nuestro Señor Jesús. Él nos santifica, nos sana y hace fluir ríos de agua viva de nuestro interior. ‘El arrepentimiento’ me ha dado una vida de victoria...”

Es nuestra oración que muchas otras personas alrededor del mundo puedan experimentar el secreto de una vida rebosante de gozo a través de la lectura de este libro. Deseamos que aquello que nos ha ayudado tanto, ahora los ayude y bendiga a ustedes también.

*Hermandad Evangélica de María  
Darmstadt, Alemania*



## UNA CONFESIÓN

**L**o que sigue en estas páginas es en parte mi propia historia: una confesión. El arrepentimiento marcó el comienzo de mi vida cristiana, pero luego con el tiempo pasó a segundo plano, convirtiéndose en una experiencia del pasado solamente. Pasaron años hasta que descubrí el gozo del arrepentimiento diario.

Esto se ve reflejado en una carta que escribí a mi amiga y colaboradora, en el año 1936. Era su cumpleaños y el texto bíblico impreso en el calendario, para ese día decía: *“No hay otro Dios como tú, porque tú perdonas la maldad”* (Miqueas 7.18).

Le escribí: “Podemos alabar y glorificar a Dios por muchas razones, pero ninguna alegría en la tierra puede pasar la de experimentar el regalo de Dios del perdón de los pecados. La alegre

canción que exclama: ‘¡Alma mía, alaba al Señor!’, resuena tanto en la Tierra como en el cielo, pues allí hay inmensa alegría por ‘un pecador que se arrepiente’. Y, si algún día, se vieran agotados todos los cánticos y alabanzas por tantas bendiciones que Él nos ha regalado, comenzará otra canción en el cielo: la alabanza al Cordero que ha quitado nuestros pecados.

“¿Resuena, en nuestros corazones, este cántico de gratitud: ‘No hay otro Dios como tú, porque tú perdonas la maldad’? ¿O está faltando en nuestras oraciones este son de alabanza? Si así fuera, ¿cómo podemos unirnos al canto del Cordero delante del trono?

“A comienzos del año pasado no conocíamos mucho sobre el canto de júbilo de este versículo, pero ¿te acuerdas cuando encontramos a Cristo por primera vez? Quizás recuerdes tu preparación para la confirmación y la temporada que pasaste en Kassel. Yo, por mi parte, pienso en el tiempo que pasé en el Instituto Bíblico. Entre mis cantos favoritos de aquellos días, estaban: ‘Oh, el gozo de ser redimido...’ y ‘Hay una fuente donde brota Sangre sagrada... yo estaba hundido en el pecado, por mí fluyó la Sangre de Jesús, me regocijaré hasta la muerte, pues por mí la Sangre fluyó’(cantos alemanes).

“Sin embargo, en todos aquellos años de espera, cuando estuve haciendo mis estudios de post-

grado y tú trabajabas como asistente social, nuestro corazón estaba tan ocupado con las cosas de este mundo que llegamos a ser indiferentes y tibias y el cántico del Cordero se desvaneció. Nuestros corazones ya no estuvieron cantando de alegría: ‘No hay otro Dios como tú, porque tú perdonas la maldad’. Nos habíamos resignado a no obtener la victoria sobre las debilidades de nuestro carácter.

Ya no nos entristecíamos a causa de nuestros defectos y, por lo tanto, ya no experimentábamos a diario este encuentro personal con Jesús como Liberador y Amigo de los pecadores. Tampoco sentíamos el regocijo sobre Su perdón y poder para salvar del pecado. De esta manera y sin darnos cuenta, continuamos por un camino que nos alejaba más y más de Jesús.

“Pero Dios, en Su gran amor, fue a buscarnos para que nuevamente podierámos elevar el canto del Cordero aquí y un día en el más allá. Por Su gracia, llegamos a estar profundamente conscientes de nuestros pecados y de nuestras ataduras en el año pasado – durante nuestro trabajo en el invierno, pero especialmente en el último verano en nuestra relación con X. Todo esto nos enseñó que no somos capaces de responder con amor, perdón y humildad ante la injusticia. En este estado no podríamos estar al lado de los vencedores un día, ya que sin

santificación, nadie podrá ver al Señor (ver Hebreos 12.14). ¡Oh! ¡Qué misericordioso fue Dios al habernos mostrado nuestros pecados en ese año! No nos hubiera podido dar una bendición mayor.

“En tu cumpleaños Dios nos desafió con el versículo más apropiado, especialmente en vista de los ‘años perdidos’. ¿Cómo podemos compartir las buenas nuevas del perdón del pecado sin que este cántico de júbilo esté resonando en nuestra alma? Si no podemos cantar de todo corazón: ‘Él me ha limpiado de todos mis pecados’ y señalar con brillo de gozo en nuestra mirada, hacia el Cordero que ha hecho todo por nosotros, no tendremos la autoridad, ni el derecho, para hacerlo. Así que, ¡fue un versículo maravilloso con que comenzar nuestro nuevo año!

“¡Raras veces hemos tenido un versículo tan especial! No sólo nos muestra nuestros pecados, especialmente los que hemos percibido durante el año pasado, sino que esta palabra de Dios es también una promesa. Esta gozosa exclamación –‘No hay otro Dios como tú, porque tú perdonas la maldad’– resonará en nuestros corazones, y con alegría seremos capaces de dar testimonio de este Dios misericordioso y lleno de gracia que, en Cristo, nos perdona todos nuestros pecados y nos libera de la ley del pecado y de la

muerte. Al alabarle por Su perdón, veremos Su bendición sobre nuestro ministerio.

“El año pasado reveló nuestras ataduras pecaminosas y nuestra necesidad del perdón de Dios. En este nuevo año propongámonos, decididamente, luchar con fervorosa oración para vencer al pecado en nuestras vidas. Queremos perseverar, confiando en Su palabra: *“Si el Hijo los hace libres, ustedes serán verdaderamente libres”* (Juan 8.36). Demos gracias a Dios por todos los obstáculos que Él ha permitido en nuestro camino. Queremos responder a cada desafío con más amor, de esta forma veremos la victoria de Jesús sobre nuestras reacciones pecaminosas. Es pura gracia que Dios no sólo nos revela nuestros pecados, sino también nos da la oportunidad de aprender cómo ser victoriosos en todas las dificultades y vencerlas poco a poco. Queremos usar la Palabra de Dios y toda arma que Él nos ha proporcionado para lograr la victoria en esta situación difícil con ‘X’. Hemos experimentado Su perdón, y ahora nuestro anhelo está en alcanzar Su victoria, sin importar cuánto nos cueste. Después podremos mirar retrospectivamente, llenas de alabanza por la ayuda y victoria que Dios nos habrá dado.”

Antes de esta experiencia, vivida junto a mi amiga, había olvidado lo que significa llorar a causa de mis pecados y por este motivo mi

oración carecía de expresiones de júbilo tales como: “No hay otro Dios como tú...”. Tampoco, podía dar un testimonio gozoso sobre la misericordia de Dios. Por eso, en mi vida, faltaba esa alegría celestial que debe ser “nuestra parte” en Jesús y así mi amor por Él fue entibiándose.

Sin embargo, por la gracia de Dios comprendí que sólo los pecadores arrepentidos, aquellos que han recibido el perdón, poseen un amor ardiente hacia Jesús. Por tanto, puedo afirmar que una vida sin arrepentimiento diario es, espiritualmente, muy pobre. El Reino de los cielos no se ha “acercado” a tal vida, no hay en ella gozo. No hay, por Jesús, un amor encendido y, por tanto, no hay alabanza, ni adoración que nace de lo más profundo del corazón. No hay poder, ni unción en nuestro servicio y también carece de frutos.

Por eso, nunca llegaré a agradecer lo suficientemente a Dios el mostrarme “la causa” de las dificultades en mi vida espiritual y de la falta de victoria en mi lucha contra el pecado. Éste era el motivo de mi “muerte espiritual”. Y Dios escuchó mis oraciones, cuando le pedí “un corazón arrepentido”, y me respondió en mi vida práctica permitiendo que la relación con quien convivía “fracasara” en todos los aspectos. Me dejó ver cuán incapaz era yo, de amar a una persona que

me era difícil amar. Y así fue cómo Él me convenció de mis pecados y me dio un corazón contrito.

Al conocer la vida y la alegría que fluye desde el arrepentimiento, empecé a tener sed por esto diariamente. Pronto mi compañera de trabajo y yo comenzamos a orar para que los grupos de jóvenes que estuvimos dirigiendo pudiesen experimentar la bendición del arrepentimiento y un nuevo despertar espiritual. Dios contestó nuestras oraciones, obrando en sus corazones por medio de la enseñanza de su Palabra.

Cuando en septiembre de 1944, durante la Segunda Guerra Mundial, experimentamos el juicio de Dios en el bombardeo de nuestra ciudad, Darmstadt, el arrepentimiento brotó en los grupos juveniles, y muchos corazones –que habían estado muertos– recibieron vida espiritual. Ahora, las personas que vivieron en aquel tiempo, dan testimonio, junto con nosotras, de la maravillosa gracia que conlleva el arrepentimiento y la contrición. En los meses siguientes a la destrucción de nuestra ciudad, todas las personas estaban dominadas por el miedo y el horror. Estuvimos constantemente bajo ataque de los aviones que ametrallaban a vuelo bajo. El ejército alemán se disolvió y las fuerzas aliadas entraron en la ciudad. Pero nosotras experimentábamos que el cielo estaba más cerca que

nunca, sobre todo cuando pudimos participar de un retiro espiritual de varios días, junto con las jóvenes. Y esto ocurrió en medio del furor bélico. Puedo decir en verdad que en medio de esta situación difícil, había alegría en los rostros de las chicas. Se llenaron sus corazones de amor y adoración por Jesús. La angustia de la guerra se desvaneció gracias a la realidad del cielo allí presente. Las palabras de Jesús tomaron vida: “Arrepiéntanse, porque el Reino de los cielos se ha acercado”.

En la Hermandad Evangélica de María, que nació de esta experiencia, tuvimos vivencias semejantes más tarde. Una y otra vez, Dios Padre en sus caminos de amor, tuvo que corregirnos. Él esperaba pacientemente que le correspondiéramos con contrición y arrepentimiento para que, así, el cielo descendiera sobre nosotros y nos trajera nuevamente Su Presencia. Aunque muchas veces éramos lentas en responder, Dios, en Su misericordia, no descansaba hasta llevarnos de nuevo a este lugar.

El Espíritu Santo convence de pecado, si buscamos la unidad al caminar juntas en la luz. Y Dios nos permite experimentar nuevamente como la vida y la alegría nacen del arrepentimiento: el regocijo y los cánticos de alabanza que inundan nuestras reuniones festivas y toda nuestra vida, cuando adoramos juntas.

¡Alabanza y adoración sean dadas al Espíritu Santo, porque despierta en los corazones endurecidos la gracia del arrepentimiento! Él regala esta gracia a quienes la piden, y, de esa manera, les hace descender el Cielo.





## EL ARREPENTIMIENTO, UN PODER CREATIVO, VIVIFICANTE Y QUE NOS TRAE GOZO

**H**ace mucho tiempo, Juan el Bautista proclamó: “Arrepiéntanse, porque el Reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3.2 NBLH). ¿No es, éste, el verdadero fundamento de Las Buenas Nuevas? Arrepentimiento – ¡la puerta para entrar al cielo! Arrepentimiento – ¡que nos lleva al mismo corazón del Padre! ¡El arrepentimiento nos llena de felicidad, pues nos lleva a casa, al Padre, dándonos un anticipo del cielo! Es un don del Espíritu Santo, que se inclina al corazón del ser humano, endurecido y autocomplaciente y lo rompe en trozos para que Dios, nuestro Padre y Creador, pueda tomar estos trozos en Su Mano y crear un nuevo instrumento para Su gloria.

¿No deberíamos pedir este don por encima de todos los demás? Este don nos concede vida divina, vida verdadera. Los corazones de aquellos que están vivos pueden llorar y regocijarse, a diferencia de uno muerto que sólo permanece inerte. Está rígido y sin vida, no puede moverse; es incapaz de expresar alegría o de verter lágrimas. Sin embargo, aquellos que permanecen en la contrición y el arrepentimiento poseen las características propias de la vida, sienten de veras por el mal que han hecho y lo demuestran con sus acciones. Lloran por lo único que vale la pena llorar: el pecado. Pues, ¿qué trae el pecado consigo? La muerte y el juicio. Si no hay arrepentimiento, las consecuencias son terribles aquí y en la eternidad.

Aquellos que están profundamente doloridos, a causa del pecado, ya no lloran por cosas que no valen la pena y que, al ser comparadas con esta tristeza, sólo son pequeñeces y cosas pasajeras. Los que se preocupan demasiado por las cosas temporales, luego caen en una tristeza que lleva a la muerte (ver 2 Corintios 7.10); pero quienes lloran arrepentidos por todo aquello que es verdaderamente lamentable y que tendrá grandes y terribles consecuencias, lloran acertadamente.

Los que responden al llamado de Dios a arrepentirse son, en verdad, sinceros y genuinos. Ellos son los realistas, que se entristecen ahora por sus pecados y tratan de enmendar antes de que sea demasiado tarde, no como aquellos que lo lamentarán por toda la eternidad.

Sí, los que se arrepienten están verdaderamente vivos, porque de sus corazones afligidos y apenados por su pecado, surgen, luego, el júbilo, la alegría y la alabanza, de un nuevo modo, como jamás antes habían brotado. Ante el gozo de ser perdonado, ¡ningún otro gozo puede compararse en profundidad y altura!; ante la alegría de la redención, ¡ninguna otra alegría es similar!

Imagínense el regocijo de alguien que consigue la libertad después de haber estado muchos años en la cárcel. Su encarcelamiento, sin embargo, fue apenas por un número limitado de años, y su libertad tendrá el límite de los años que le queden por vivir. ¡Cuánto más nos alegraremos nosotros que hemos sido librados del “príncipe de las tinieblas”! Comparen esto con el estar encarcelado en el reino de tinieblas para toda la eternidad. ¿Quién puede salvarnos de esto? Ningún ser humano nos puede liberar. Pero **sí** hay Alguien que viene para rescatarnos: Nuestro Señor Jesús, que “bajó del cielo y se hizo hombre” para ser uno de nosotros.

De su libre albedrío, toma nuestro lugar como prisionero, atado y condenado a muerte, a fin de ganar nuestra liberación. ¿No sería eso suficiente motivo para llenarse de gozo y cantar de alegría? La llave es contrición y arrepentimiento.

Al llegar a ser conscientes de nuestras ataduras pecaminosas y muerte espiritual, somos llevados a los brazos de nuestro Liberador y Señor, que rompe todas nuestras ataduras y nos vivifica espiritualmente.

Usted puede que sea un miembro fiel de una iglesia fundada en la Biblia, pero si el arrepentimiento no es parte de su vida, está espiritualmente muerto. Cae bajo el mismo veredicto que Jesús pronunció también sobre la iglesia de Sardis: “*Tienes nombre de que vives, pero estás muerto*” (Apocalipsis 3.1b NBLH). Vivir espiritualmente es caminar en arrepentimiento. Muertos espiritualmente están aquellos cristianos que nunca lloran a causa de sus pecados. Ante los ojos de Dios, están “muertos” los cristianos que han perdido la alegría desbordante del perdón. Cuando falta esta alegría, aunque seamos cristianos fieles y dedicados, algo en nuestras vidas anda mal. Por nuestra condición humana, fallamos repetidamente y siempre estamos en necesidad de ser perdonados. Por eso el arrepentimiento debería ser tan vital como respirar. De otro modo, nuestra fe en Cristo está desviándose

y podríamos llegar a ser como aquellos “altaneros y orgullosos” que caerán bajo un juicio severo (Sofonías 3.11).

Tomemos el arrepentimiento como fundamento de nuestras vidas y como nuestro salvavidas. ¿Acaso podemos presentarnos delante de Dios, el Santo, de otro modo? Diariamente pecamos contra Dios y nuestros semejantes. En verdad, no hay entre nosotros ni uno solo que viva su vida completamente en amor.

Diariamente fallamos en nuestras relaciones con las personas en nuestro hogar y en el trabajo, cuando no soportamos con paciencia y amor a los que nos hacen la vida difícil. Al darles amor podríamos ayudarlos a encontrar el verdadero camino. Pero en vez de eso, los damos por perdidos y no actuamos como Cristo. Eso es un pecado contra el amor. ¿No debemos postrar nuestro corazón quebrantado, también ante ellos y humildemente pedir perdón?

“¡Arrepiéntanse!” Este es el llamado que nos hace la Escritura. Es el mensaje de Jesús mismo, quien una y otra vez nos llama al arrepentimiento. En el curso de los siglos, también ha sido el llamado de santos hombres de Dios que instaron a practicar el arrepentimiento diario, oponiéndose a una cristiandad hipócrita y sin vida.

Han hablado en contra de la autosuficiencia con que nos atrevemos a acercarnos a Dios, que seca el fluir de la vida divina en nosotros. ¿Somos conscientes de que Jesús anhela que vivamos con una actitud de arrepentimiento, la cual abre de par en par la puerta a la vida? Si no fuera así, Él no hubiera pronunciado aquel veredicto tan severo sobre la iglesia de Laodicea. Fue su autocomplacencia y falta de arrepentimiento que le dolió. *“Pero como eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Pues tú dices que eres rico, que te ha ido muy bien y que no te hace falta nada; y no te das cuenta de que eres un desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo”*(Apocalipsis 3.16.17).

Estas palabras valen también para los creyentes de hoy en día. Si pensamos que todo está bien en nuestra vida, o en nuestra iglesia o ministerio; si insistimos en que estamos en lo correcto y en que hemos hecho todo lo necesario para vivir en buenas relaciones, con aquellos que nos causan problemas, entonces tenemos una actitud de autosuficiencia, diametralmente opuesta al arrepentimiento. Y tal postura, es como declarar que en nuestro corazón no tenemos lugar para un Salvador, y la vida y el perdón que Él ofrece. ¿A quiénes Jesús está llamando a arrepentirse en sus Mensajes a las Siete Iglesias en el libro de Apocalipsis? A los que están tan seguros de “su rectitud”. Y hoy Él nos ruega que dejemos esa

actitud tan destructiva para nuestra vida espiritual. Sólo los que vencen tienen la certeza de que un día no serán borrados del Libro de la Vida (Apocalipsis 3.2-5).

El arrepentimiento es lo único que nos salva de la muerte espiritual y nos lleva a la Vida eterna, dándonos, en el presente, una experiencia previa de esa Vida celestial.

“Los que están vivos” pueden transmitir vida a los demás. No pueden generar vida los “muertos espiritualmente”, porque no hay vida en ellos. No pueden ser de testimonio para otros con sus hechos. Quien no vive con arrepentimiento pertenece al grupo de los que están espiritualmente muertos y no pueden comunicar vida a nadie. Por el contrario, quienes se arrepienten están llenos de vida divina, y estarán, así, capacitados para conducir a otros hacia esa vida. Cuando una persona se arrepiente, no necesita hablar mucho. No necesita “predicar” a otros. Con corazones contritos y humildes, ellos sencillamente confiesan ante Dios y las personas: *“He pecado, soy culpable”*. Tales palabras tienen el poder de la vida, rompiendo barreras y trayendo restauración. Estas palabras dichas por el “hijo pródigo”, mientras permanecía llorando delante de su padre, hicieron rebosar de amor el corazón del padre. Lo mismo ocurre cuando confesamos nuestro pecado y admitimos nuestra

culpa delante de las personas. Cuando pedimos perdón, sus corazones se abren. Las lágrimas que brotan de un corazón contrito ablandan los corazones más duros; aunque en algunos casos tome más tiempo que en otros. La contrición y el arrepentimiento nos transforman, y generan en los demás una nueva vida, y el amor.

¡Qué gran poder creador y vivificador tiene el arrepentimiento! Por eso nuestro Señor Jesús, en los Mensajes a las Siete Iglesias, llama a los fieles al arrepentimiento vez tras vez. Y, por lo mismo, el apóstol Pedro llamó a las personas al arrepentimiento en Pentecostés. El arrepentimiento es el camino que conduce a la vida, y nos trae el Espíritu Santo. Con el arrepentimiento, el Reino de los Cielos se acerca a nosotros.



## ORACIÓN DE UN PECADOR ARREPENTIDO

Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones.

Lávame de toda mi maldad  
y límpiame de mi pecado.

Yo reconozco mis transgresiones;  
siempre tengo presente mi pecado.  
Contra ti he pecado, sólo contra ti,  
y he hecho lo que es malo ante tus ojos...  
Yo sé que tú amas la verdad en lo íntimo;  
en lo secreto me has enseñado sabiduría.  
Purifícame con hisopo, y quedaré limpio;  
lávame, y quedaré más blanco que la nieve.

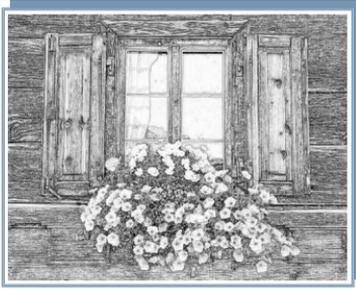
Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,  
y renueva la firmeza de mi espíritu.

No me alejes de tu presencia  
ni me quites tu santo Espíritu.  
Devuélveme la alegría de tu salvación;  
que un espíritu obediente me sostenga.  
Abre, Señor, mis labios,  
y mi boca proclamará tu alabanza.

El sacrificio que te agrada es un espíritu  
quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al  
corazón quebrantado y arrepentido.

En tu buena voluntad, haz que prospere Sión;  
levanta los muros de Jerusalén.

(Tomado del Salmo 51)



## EL ARREPENTIMIENTO HACE DESCENDER EL REINO DE LOS CIELOS A LA TIERRA

“**A**rrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado”. ¿No es lo que todos anhelamos? ¿No deseamos todos tener un anticipo del cielo y ver cómo se hace realidad en medio nuestro, ese Reino de los cielos? ¡El Reino de los cielos! Eso significa alegría y paz. Eso significa que el amor y la armonía reinan; es decir, que hay una verdadera felicidad porque Jesús está realmente presente.

Sin embargo, ¿dónde se encuentra una iglesia o grupo cristiano con signos de vivir el Reino de los cielos? ¿Dónde se encuentran las personas que trabajan juntas, viviendo en amor y completa unidad? ¿Dónde vemos el espíritu de adoración vivo en las personas; y la alegría brillar en

todos los rostros? Definitivamente, todo lugar que reflejara el cielo atraería a la gente, incluso a aquellos que no quieren tener “nada que ver” con la iglesia, porque todos, incluyendo las personas más incrédulas y alejadas de Dios, tienen sed de alegría, amor y paz. Todos desean disfrutar un anticipo del cielo aquí sobre esta tierra afligida. La palabra “cielo” toca una cuerda en el corazón de cada persona, porque siendo de la descendencia de Adán, expulsados del paraíso, aún atesoramos un profundo anhelo por el paraíso perdido. Las personas se sienten atraídas como por un imán, siempre que puedan encontrar un anticipo del paraíso aquí en la tierra. En lugares así pueden aprender más fácilmente a confiar en Jesús, el Señor de los cielos, donde se personifica su amor, alegría y paz – todo lo que una persona anhela.

¡Qué tristeza cuando nuestras congregaciones, grupos y comunidades cristianas reflejan pobremente el Reino de los cielos, que Jesús dijo que vino a traer! ¡Cuán triste es que nuestras palabras acerca del amor y la gloria de Jesús convenzan a tan pocas personas, debido a que nuestras vidas no reflejan el Reino de los cielos! Las personas buscan en vano un lugar donde experimentar el Reino de Dios y gustar cuán bueno es el Señor. Al comenzar su ministerio Jesús anunció la venida de su Reino y, ahora, Él está esperando que se establezca entre nosotros.

Ésta es la razón por la cual vino. Jesús sufrió una amarga muerte en la cruz para que pudiéramos ir algún día al cielo, pero también lo hizo para que podamos experimentar algo del Cielo en la tierra. Su salvación comienza aquí y ahora. Jesús nos salvó para que podamos reflejarle a Él en la tierra, como su pueblo redimido. Cuando sus redimidos se reúnen, algo del Reino del Cielo se ve, pues ellos lo representan. Ahí hay un pueblo viviendo una vida de amor, paz, alegría, reconciliación, bondad y mansedumbre.



En verdad, Dios está esperando ver la manifestación de Su Reino entre nosotros, los cristianos, y el mundo tiene un deseo ardiente de verlo.

Si Dios declara: “Se ha acercado el Reino de los Cielos”, ciertamente debería ser visible en alguna parte. Vino en la persona de Jesús, que nos lo ofreció y desea que se manifieste en medio de nosotros. Dondequiera que el Rey del cielo se haya presentado, hubo un anticipo del cielo en la tierra. Aquellos que eran testigos del ministerio terrenal de Jesús pudieron experimentar la bondad y ternura de Dios cuidando de sus necesidades. Encontraron sanidad para las heridas de sus almas en el amor y perdón del Padre. Experimentaron la alegría de ser recibido por el Salvador que perdona nuestros pecados, asegurándonos Su amor y aceptación. Sí, una alegría abundante llenó los corazones de quienes tuvieron el privilegio de escuchar las benditas palabras de sus labios y sentir su amor inclinándose hacia ellos.

Ahora que Jesús ha ascendido a los cielos, Él nos ha dado a nosotros, que somos su “Cuerpo” en la tierra, el encargo de llevar el Reino de los cielos a las personas. Aquellos que entran en contacto con “los miembros de Cristo”, han de ser sanados en cuerpo y alma, curados de sus heridas, refrescados, consolados y llenos de alegría. Han de ser sanados íntegramente por un amor bondadoso, compasivo, y paciente. El recibir amor así, es un verdadero anticipo del cielo.

“Ha llegado el Reino de los Cielos” – anunció Jesús cuando caminaba por esta tierra. Él dice lo mismo con relación a su Iglesia hoy día. Sin embargo, podemos preguntarnos otra vez: “¿A dónde ha llegado?” ¿Es posible decir?: “Ve a esa casa, o a aquella iglesia, allí encontrarás la felicidad, serás sanado de tus sufrimientos y al verte rodeado de tanto amor te sentirás una nueva persona; el cielo parecerá cerca. Probarás su alegría duradera.” ¿O, en las iglesias, encontramos lo contrario? Por esto, quienes no conocen a Jesús, no se sienten atraídos a acudir allí. ¡Ay! ahora comprendemos un poco porqué muchas personas prefieren ir a los bosques y parques los domingos para encontrar la felicidad. Ahí, en medio de la creación, viven la alegría de la belleza que refleja la naturaleza. En ese lugar encuentran algo de la alegría que el corazón humano anhela. Cuando van a la iglesia muchas veces no perciben alegría en los rostros y no encuentran, ahí, el resplandor de Dios que sí descubren en la naturaleza. ¿En qué iglesia o comunidad las personas pueden sentir que los corazones realmente acompañan a las canciones entonadas en los cultos y reuniones, de manera que su corazón también sea tocado por la alegría en el Señor Jesús?

¿Dónde están los fieles, confiados como niños, que demuestran la verdad de las palabras de Jesús, cuando dijo que el Reino de los cielos

pertenece a aquellos que se vuelven como niños, para que otros puedan probar un poco del cielo en medio de ellos? (ver Mateo 18.3) ¿Dónde están esas almas sencillas, en la iglesia de Dios, que atraen poderosamente a los incrédulos, para que sean colmados de su misma y sincera alegría?

Dios se entristece cuando la iglesia es dominada por el intelectualismo, pues produce cristianos rígidos, complicados y sin alegría. Vernos tan desprovistos del gozo, de la naturalidad y la calidez de los niños, por tanto, reflejando menos el Reino de los cielos que el resto de la creación, entristece el Corazón de Dios. Como resultado hacemos que el cristianismo sea poco atractivo para las personas que no conocen al Señor.

¿Tenemos alguna mínima idea del sufrimiento que causamos a Dios? O expresándolo en términos humanos –que las Sagradas Escrituras usa a veces para mostrarnos el corazón de Dios– ¿nos damos cuenta cuán a menudo Dios queda desilusionado de nosotros? Esto se refiere especialmente a los cristianos.

Él nos ha rescatado por la Sangre preciosa de Su Hijo para ser un testimonio de Él. Sin embargo, muchas veces fallamos en reflejarle en nuestras vidas y así atraer a otros hacia Él. Otra vez, esto causa dolor a Dios.

Las mismas piedras, toda la naturaleza, testifica del Señor, mientras la iglesia permanece en

silencio. Somos salvos, pero no se nota, porque falta la alegría de Su redención.

Aquí viene la gran interrogante: ¿Por qué vemos tan poco del Reino del cielo en medio nuestro? Esto renovarían el mundo, atrayendo a personas no creyentes, sanaría sus almas y cuerpos, y consolaría a los tristes.

Hay una palabra que nos lo revela, porque es la que anuncia la llegada del Reino de los cielos: “¡Arrepiéntanse!”. Es un llamado tan poderoso como un trueno. Es un llamado tan fuerte y claro que no puede ser pasado por alto. Es un llamado que nos concierne a nosotros los seres humanos pecadores. Sí, no se trata de un simple llamado; es el llamado de las Escrituras. Quien no atienda este llamado perderá el reino de los cielos, sus dones y bendiciones, incluyendo la gracia del perdón. Es una ley divina el hecho de que Dios se acerca con Sus bendiciones y manifestaciones de gracia solamente al pecador que se arrepiente. Solamente tales almas humildes tienen acceso al Reino de los Cielos; para todos los demás esto permanece cerrado.

El Reino de Dios es un Reino lleno de gracia, y sólo quien se postra ante los pies de Jesús en arrepentimiento, recibe la gracia de Dios.

Es por eso que la primera característica del Reino de los cielos es una alegría abundante; y tal alegría procede de la contrición y del arre-

pentimiento. Es el requisito indispensable para conseguir el perdón, y donde hay perdón habrá salvación y alegría. Nos ofrece una felicidad abundante porque contienen la alegría de ser perdonados, cuando merecemos ser condenados aquí y en la eternidad. Es la alegría de que Dios nos acepta nuevamente como hijos suyos, cuando dice: “Tus pecados te son perdonados”. Sí, el arrepentimiento nos trae la dicha del cielo. Cuando el hijo arrepentido (Lucas 15:20-24) regresa a su hogar, el Padre no sólo lo abraza con fuerza, también lo viste con el vestido de la justicia, el anillo del amor y las joyas más bellas que, algún día, lo adornarán en el cielo. Los arrepentidos son pobres, no teniendo derecho de pedir nada a Dios o a las personas; pero también son los más ricos, puesto que serán colmados de bendiciones y del perdón. Después de haber derrochado todo y de saberse culpables, se postran ante Dios y ante las personas, reconociendo que son los más miserables pecadores. Todo lo que pueden hacer es esperar el favor de Dios, esperar un regalo, el regalo del perdón que Él pronuncia sobre ellos.

¿Qué puede producir mayor gozo en el corazón de un condenado que escuchar la palabra “perdonado”? ¡Este hecho le hace cantar y bailar de júbilo! De la misma manera, el Reino de los cielos –Reino donde todos gozan y cantan–

surge solamente en el corazón de aquél que ha recibido el perdón.

Además, el Reino de los cielos es también un reino de amor. Pero sólo podemos amar si Dios nos ama primero. ¿Y a quién ama Dios? Al que tiene un corazón quebrantado y penitente. Jesús no vino por los justos, sino por los pecadores. Él otorga Su perdón a todos los que se le acercan en arrepentimiento. Él los envuelve con un inmenso amor que los sana y los hace felices porque es un amor que estuvo dispuesto a sufrir la muerte por ellos y les pronunció palabras de perdón en la cruz. Los que tienen el corazón quebrantado y contrito poseen un solo deseo: quieren amar a Aquél que los amó tanto. Están llenos de gratitud y sobrecogidos de admiración porque Él cargó con sus pecados y se los quitó. Cuando recibimos el perdón, nuestros corazones se llenan de tanta alegría que no podemos hacer otra cosa que amarle con un amor “sin medida”. Nos sentimos motivados a darle nuestra vida, ya que Él entregó Su vida por nosotros y nos liberó de la prisión del pecado. Anhelamos darle gracias, alabarle y servirle con todos nuestros dones, talentos y fuerza. La esencia del cielo consiste en que todo se centre en Jesús, y en que lo amemos por encima de todo lo demás.

El arrepentimiento verdaderamente nos permite experimentar el Reino de los cielos con todas

sus bendiciones porque trae consigo el supremo regalo: un amor pleno hacia Jesús. ¿Acaso no es esto el mayor anhelo de un cristiano?: “Si yo sólo pudiera corresponder al amor de Jesús como Él desea. Si sólo pudiera amarle con todo mi corazón. Mi vida sería rica, llena de sentido y satisfacción, porque el que ama es rico. Qué alegría inexpresable sería esto”.

La maravillosa noticia es que el arrepentimiento es el camino que nos dirige hacia un amor pleno y total por Jesús. Podemos ver esto en la historia de la pecadora penitente en Lucas capítulo siete. Ella no tuvo nada para darle a Jesús, sino sólo su pecado, por todo lo que había hecho contra Dios y las personas. Pero, cuando se puso ante Él con un corazón arrepentido, recibió Su perdón y su vida fue cambiada. Ella fue enriquecida y transformada, recibiendo un profundo amor hacia Jesús. ¡Ella ha llegado a ser un ejemplo para nosotros! Sí, el arrepentimiento es verdaderamente la puerta que nos conduce al Reino del amor, el Reino de los cielos. Para nosotros no existe otro camino para entrar en el Reino de los cielos o para que éste descienda a nosotros; no hay otra forma de experimentarlo aquí en la Tierra.

Pero, ¿no es verdad que todo aquel que confiesa que Jesucristo es su Salvador, se ha postrado alguna vez al pie de la cruz como pecador arre-

pentido, recibió el perdón y de esta manera entró en el Reino de Dios? ¿Cómo puede ser, entonces, que exista tan poca evidencia del Reino de los cielos en sus iglesias o comunidades? Mientras vivimos en la tierra, y no en el cielo, nadie recibe un “derecho permanente” al Reino de Dios, por su conversión o su bautismo. Esto es una ley espiritual. Con muchas amonestaciones e ilustraciones la Biblia nos enseña, que una persona puede recibir la gracia y luego perderla. Piensen en el siervo de Mateo 18 que no estuvo dispuesto a perdonar (vv.23–35). ¿Soy diferente? ¿Hay un hermano o hermana en el Señor a quien no he perdonado? ¿Estoy con falta de misericordia o guardo rencor en mi corazón? Siendo que el resentimiento puede deslizarse fácilmente dentro nuestro en una ocasión u otra, ¿cuál es la forma de recibir la gracia de Dios nuevamente y tener acceso al Reino de los cielos? Está en acudir inmediatamente a Dios con nuestros pecados –y cuando sea necesario confesar y pedir perdón a otros también– con arrepentimiento y contrición.

Si nos arrepentimos continuamente, Jesucristo viene nuevamente y habita en medio nuestro, trayendo consigo el Reino de los cielos, que se hace presente donde Él está. Recordamos al ladrón arrepentido en la cruz. Él admitió que mereció su castigo por sus pecados y humildemente pidió: “Jesús, acuérdate de mí cuando

vengas en Tu reino” (Lucas 23.42 NVI). La respuesta de Jesús fue: “En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso”. Otra vez hoy Jesús promete el paraíso para todos los que van a Él arrepentidos. Y el paraíso – un pedacito del cielo – es algo que podemos experimentar aun en esta vida, pues el Reino de los cielos se acerca allí donde los pecadores se arrepienten.



Yo les daré un corazón íntegro,  
y pondré en ellos  
un espíritu renovado.  
les arrancaré el corazón de piedra  
que ahora tienen, y pondré en ellos  
un corazón de carne,  
para que cumplan mis decretos  
y pongan en práctica mis leyes.  
entonces ellos serán mi pueblo,  
y yo seré su dios. ...  
lo afirma el señor omnipotente.”

Ezequiel 11:11-20 nvi

Haz clic sobre las flores.



## EL ARREPENTIMIENTO, EL LLAMADO DE DIOS A LOS CRISTIANOS PARA LA SALVACIÓN Y EL BIENESTAR DE SUS NACIONES

“**¡A**rrepiéntanse!” ¿Quién, de entre nosotros, escucha este llamado? Muchas veces es como si Jesús estuviera pasando entre las naciones e iglesias cristianas, llamando a viva voz, esperando que alguien le escuche.

Este llamado es en primer lugar, no para el mundo, sino para la familia de Dios porque el juicio comienza por la casa de Dios (1 Pedro 4.17). Pero, ¿nos damos cuenta cuando Dios nos corrige y nos juzga? De ser así, responderíamos con arrepentimiento, y no tomándolo como algo excepcional. Aunque es muy importante orar para que los incrédulos se arrepientan como resultado de la evangelización. Pero, ¿qué de los

cristianos, la familia de Dios? Todo depende de que los cristianos se arrepientan.

Ciertamente, como iglesia cristiana tenemos una necesidad del arrepentimiento.

De muchas formas hemos endurecido nuestros corazones resistiendo al Espíritu de Dios. Tomemos como ejemplo, la última petición de Jesús para amarnos y “ser uno” en Él, pero hemos respondido con división, odio y crítica los unos para con los otros. A pesar de que durante los últimos años han mejorado las relaciones entre algunas ramas de la cristiandad, todavía permitimos que existan muchas rencillas, críticas, contiendas y disputas entre nuestras diferentes denominaciones cristianas. No nos tratamos como hermanos en Cristo, y todavía erigimos murallas doctrinales; mientras diversos grupos del frente anticristiano están trabajando unidos y sabemos que el enemigo y sus hordas se preparan para la batalla final.

Hoy en día, la unidad espiritual es esencial para nuestra fortaleza y para resistir los avances de la maldad. El único modo de alcanzar esta unidad espiritual es mediante la contrición y el arrepentimiento. Nunca terminará la tragedia de la división hasta que cada cristiano, dentro de su grupo o comunidad, comience a arrepentirse personalmente. Comienza cuando abrimos nuestro corazón para escuchar a los de otros trasfon-

dos cristianos, y nos arrepentimos por haber entristecido al Señor con nuestra falta de amor.

La falta de arrepentimiento es la raíz de la división, la cual destruye el Cuerpo de Cristo. El arrepentimiento terminaría con nuestra falta de amor –característica de la muerte espiritual– porque la contrición sin duda alguna, da a luz nueva vida. Allí donde hay arrepentimiento, hay felicidad y vida renovada. Por eso, hoy por hoy, nuestra principal necesidad no depende de mejores sermones y programas, o de congresos “pro unidad”; sino que, en realidad, lo que se necesita es recibir la gracia del arrepentimiento, llorar por nuestra falta de amor, por la crítica y el juicio de los unos contra los otros. El arrepentimiento se ha vuelto poco común, de tal modo que es raro encontrarlo.

Durante las “campañas de evangelización”, las personas alejadas de Dios, se arrepienten, se convierten, dejan sus viejos caminos y reciben a Jesús como su Salvador. Sin embargo, nosotros que asistimos a iglesias y grupos hogareños, ¿sabemos que nuestra vida debe ser un diario arrepentimiento; un volver continuo a Jesús para arrodillarnos ante su cruz y llevarle nuestros pecados, especialmente el pecado en contra del amor?

Cuando nosotros, miembros de un Cuerpo, cuya Cabeza es Jesús, vivimos en contienda y nos

envidiamos mutuamente, pecamos contra Jesús mismo. Este pecado pesa duramente sobre el Cuerpo de Cristo y provocará el juicio de Dios.

En Alemania hay otro pecado que pesa sobre la Iglesia; es el crimen en contra de nuestro hermano mayor Israel, el pueblo escogido por Dios. Seis millones de judíos fueron exterminados; por esta causa la ira de Dios está especialmente sobre la comunidad cristiana en Alemania. La iglesia de nuestro país permaneció en silencio aquella noche cuando fueron quemadas las sinagogas; no se tocaron las campanas de las iglesias en protesta. También guardamos silencio cuando millones de judíos sufrieron en manos de los alemanes.\* Salvo algunas excepciones, nosotros, la comunidad cristiana, no les rescatamos de una muerte horrenda, como lo hicieron los daneses que se levantaron como un hombre para hacer frente a la terrible injusticia.

La Iglesia alemana no tuvo reacción alguna, una señal clara de que estaba muerta.

\*Tristemente, no sólo Alemania tuvo culpa en contra de los judíos en la Segunda Guerra Mundial, también se presentaban actitudes antijudías en el mundo, causando una resistencia para ayudarles. En una conferencia internacional en julio de 1938 en Evain-les-Bain, Francia, con el propósito de encontrar países de asilo para los judíos europeos, casi ningún país se ofreció, sólo República Dominicana entre todos los países latinoamericanos. Cuatro meses más tarde, la persecución comenzó en pleno. Ver el folleto: "La Culpa de la Cristiandad Hacia el Pueblo Judío".

Cómplices por habernos callado, no escapamos del juicio que más tarde descendió sobre nuestra nación. Nuestras iglesias fueron destruidas.

Miles de ciudadanos alemanes murieron a causa de los bombardeos. Los refugiados de la guerra llenaban las calles. Al final, la Cortina de Hierro dividió nuestro país.

Hemos pecado, pero ¿dónde está el arrepentimiento en la comunidad cristiana? El Señor espera que confrontemos el hecho de que nuestra nación –de la cual somos miembros– ha pecado contra la “niña del ojo de Dios”. Como cristianos hemos fallado contra el pueblo judío. Cuando cayeron “en manos de ladrones”, pasamos de largo, y no nos acudimos para socorrerles como el “buen samaritano” y verdaderos discípulos de Jesús.

Ha llevado años para que los cristianos de nuestro país, gradualmente, llegaran a reconocer este pecado. ¡Hemos necesitado de mucho tiempo para que una pequeña luz de arrepentimiento surgiera en nuestros corazones, pudiendo asumir así una nueva actitud de amor hacia Israel, el pueblo de Dios! Sin embargo, todos los intentos por demostrar arrepentimiento y hacer reparaciones sólo son un grano de arena en comparación con el gran pecado que pesa sobre nosotros.

Aun así, hasta hoy en día, se pueden escuchar voces de protesta como éstas: “¡Nosotros no hemos tenido nada que ver con esto! ¡Quien hizo todo fue Adolfo Hitler, fue la S.S.! ¡Nosotros no estuvimos involucrados; no tenemos la culpa de lo que sucedió!”.

No obstante, como Cuerpo de Jesús debemos enfrentar objetivamente los pecados que están en medio nuestro: la división y otros pecados contra el amor, la poca voluntad de arrepentirnos por el crimen cometido contra Israel, la dureza de corazón y la falsa confianza en nosotros mismos.

Además, la comunidad cristiana está causando a Dios un mayor sufrimiento porque, en medio suyo, se declara muerto al Dios Vivo, afirmando que Él no se preocupa por lo que acontece en la historia y vida humana. En este aspecto estamos todos indirectamente implicados porque, muchas veces, nuestra vida parece declarar que Dios está muerto. Mientras, la teología de “la muerte de Dios” se propaga por el mundo actual, los cristianos debemos reconocer que no es una cuestión puramente intelectual. A Dios no se le declara “muerto” porque el hombre moderno no pueda integrarlo en su concepto del mundo, sino porque la raza humana, incluyéndonos a nosotros los cristianos, estamos “muertos por el pecado”. Por no estar dispuestos a encarar nuestros pecados y faltas, al no admitirlos, procla-

mamos que “Dios está muerto”, tal vez sin darnos cuenta de ello. Por esto, debemos tomar conciencia de que si no queremos humillarnos más ante Dios y las personas, reconociendo nuestros pecados y si no queremos arrepentirnos, entonces damos signos de no necesitar un Salvador y perdemos nuestra concepción de un Dios Vivo, cuya naturaleza es la santidad.

Asimismo, en gran medida, los mandamientos de Dios –santa proclamación de su voluntad– también se declaran letra ‘muerta’ en las comunidades y agrupaciones, y no se consideran como obligatorios para sus hijos. Así, con argumentos aparentemente teológicos se sella la declaración de “la muerte de Dios”.

Frente a esta situación, nosotros en vez de tomar una posición ofensiva ante las artimañas del enemigo, nos hemos amoldado al espíritu de nuestro tiempo, que demanda cambiar las leyes, los mandamientos y la ética para ajustarlos –según se dice– a los conceptos y necesidades del hombre moderno.

De entre nosotros, ¿alguien se arrepiente a causa de todas estas irreverencias que, contra Dios, promueven los mismos “miembros de Su Cuerpo”?

El espíritu de contrición y arrepentimiento ha llegado a ser extraño para nosotros.



El arrepentimiento implica  
cambiar de rumbo  
y volver a Dios.  
Sin embargo, en vez de  
arrepentirnos, exigimos  
que Dios se ajuste a  
nuestros conceptos  
modernos.

Y, por la ausencia de espíritu de contrición y arrepentimiento, falta la fuerza que, en los servicios litúrgicos, en los cultos y campañas de evangelización, mueva el corazón de los oyentes a derramar lágrimas de contrición.

Los miembros del Cuerpo de Cristo ¡cuánto hemos endurecido nuestro corazón! Ya no queremos reconocer al pecado tal como realmente es. Tantas veces Dios es deshonrado y blasfemado, sin tomar en cuenta sus mandamientos, y nosotros no lo percibimos.

Rehusamos reconocer que el quitarle importancia a Dios y a sus mandamientos son “signos de los tiempos”, ante los que Jesús nos mandó estar alertas y vigilantes. Pareciéramos no com-

prender que, “nadando con la corriente” o mostrando tolerancia ante la rebeldía hacia Dios y sus mandamientos, estamos contribuyendo al avance del “poder de las tinieblas”.

Se aumenta la maldad mientras se disminuyen el amor y la compasión –señales que Jesús nombró específicamente para los últimos tiempos (ver Mateo 24.12). Es como si careciesen de importancia en la iglesia, aunque los hechos, sin precedentes, son alarmantes. Sólo pensemos en las estadísticas de los últimos años: el incremento de los crímenes; la glorificación de la brutalidad y de la perversión sexual; el aumento en el consumo de drogas, que ya ha cobrado millones de adictos; el crecimiento alarmante de la práctica del ocultismo, del espiritismo, e incluso de los cultos satánicos.

Lo más perturbador es que esto prevalece en naciones que se nombran cristianas. Incluso las iglesias son afectadas. ¿Dónde están los cristianos que estén lo suficientemente preocupados como para tomar el desafío de orar con ayuno y arrepentimiento? A la ciudad pagana de Nínive se le profetizó destrucción si no se arrepentía, pero cuando las personas se arrepintieron, fue cancelada. El arrepentimiento en el verdadero sentido los salvó. ¡Cuánto más urgente es el llamado al arrepentimiento en nuestros tiempos! El juicio es inminente para todo el

mundo mientras el pecado se multiplica. Solamente el arrepentimiento, el ayuno y la oración pueden detener la mano de Dios. ¿Estamos nosotros, la iglesia, dispuestos a aceptar nuestra responsabilidad?

*“¡Toquen la trompeta en el monte Sion! Convoquen al pueblo y proclamen ayuno, reúnan al pueblo de Dios.”* El llamado de Joel 2.15-16 es precisamente para nosotros hoy. Si amamos a Jesús, compartiremos Su compasión por un mundo al borde de la destrucción. Y el amor por los perdidos nos impulsará a rescatarles del fuego (ver Judas v.23). En este caso, ya no es suficiente la oración habitual. Es esencial orar desde el corazón, con fervientes súplicas y lágrimas:

“Señor, perdona a tu pueblo del Nuevo Testamento. Somos tuyos, tu propiedad especial. No nos abandones a nuestra vergüenza. Somos culpables de ir en pos de dioses falsos y haber negado tu Nombre y deshonorarte. Y los incrédulos así se burlan y dicen: ‘Ahora, pues ¿dónde está su Dios?’”

En los días antiguos, los siervos del Señor y el pueblo, se arrepentían, lloraban y oraban. Tu respuesta estaba llena de misericordia: *“Entonces el Señor mostró amor por su tierra y perdonó a su pueblo”* (Joel 2.18 NVI).

No hagamos esperar en vano a Dios, que desea oír nuestras oraciones y súplicas. Él, también hoy, quiere actuar de acuerdo con su Palabra: *“Mejoren su conducta y sus acciones, obedezcan al Señor su Dios y Él no les enviará las calamidades que les han anunciado”* (Jer. 26.13).

Así que hay una cosa imprescindible: como cristianos debemos oír por fin el llamado al arrepentimiento que hace que la Gracia descienda sobre nosotros como personas, como iglesia y comunidad, y como nación. “Despiértate, tú que duermes” es el llamado que también hoy nos hace Jesucristo (Efesios 5.14). ¡La autosuficiencia lleva a la muerte! Y, aunque alguna vez mantuvimos viva nuestra vida espiritual, no nos ayudará si hoy estamos muertos y si no vivimos con espíritu de arrepentimiento, con dolor por nuestros pecados personales y los de nuestra nación. Dios instruyó al profeta Ezequiel para que proclamara: “Pero si el justo se aparta de su justicia y comete el mal... Ninguna de las obras justas que haya hecho será recordada a causa de la infidelidad y del pecado que ha cometido, morirá” (Ezequiel 18.24 LPD). Si hemos sido fieles, pero ya no, ante Dios cuenta la condición presente no la anterior. Tanto está en juego. La existencia misma de nuestra nación depende de que nos arrepintamos. El día viene cuando Dios tendrá que juzgarnos conforme a la culpa que

hemos amontando sobre nosotros como pueblo. Nuestro destino eterno está en juego.

Solamente los humildes y contritos pueden heredar el Reino de Dios. El vivir en arrepentimiento es vital para nosotros, como iglesia y como miembros individuales del Cuerpo de Cristo. Lo que necesitamos es un corazón contrito y quebrantado.

Nuestra eficacia y poder espiritual dentro de nuestra iglesia y nación, depende de si tenemos un profundo arrepentimiento por nuestros pecados y los de nuestro pueblo, y de postrarnos a los pies de aquellos que fueron perjudicados por nuestra culpa, y de estar dispuestos a servirles en amor con corazón humilde.

En el poder que emana del arrepentimiento, seremos luz y sal para el mundo. Si experimentamos ese verdadero arrepentimiento, anhelaremos reparar el daño que hemos hecho; deseosos de hacer el bien y de expresar amor a quienes hemos herido o dañado.

Según el Antiguo Testamento, si alguien robó algo, necesitaba traer no solamente una ofrenda por su culpa, sino debía restituir todo y agregar la quinta parte del valor (Levítico 6.5). Este fue el mandato de Dios. Si esto se esperaba bajo la Antigua Alianza, ¡cuánto más este principio nos corresponde a nosotros, pueblo de la Nueva

Alianza! El intentar reparar el mal debe ser lo normal.

Mediante el sacrificio de su muerte, Jesús ganó para nosotros un amor que anhela hacer el bien y enmendar, como Él nos enseña en Su Sermón del Monte.

Si sinceramente lamentamos el mal que hemos hecho, agradeceremos cualquier oportunidad de hacer el bien a los que hemos ofendido. ¡Cuánto bien se haría en nuestras iglesias y en nuestra nación si viviéramos en actitud de arrepentimiento! ¡Cuántas reparaciones llenarían de gozo el corazón de Jesús!.

Se sanarían heridas y divisiones, y al final, veríamos que por la gracia de Dios, muchas cosas buenas resultan de nuestras faltas y pecados. Si el verdadero arrepentimiento busca y aprecia la corrección, según ha dicho un reconocido teólogo ¡cuánto más, este arrepentimiento, buscará hacer reparación!.

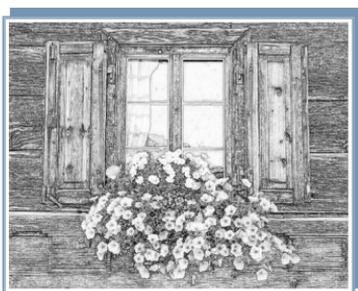
El corazón arrepentido busca hacer todo lo que está dentro de sus posibilidades para compensar el error. Así que no hay nada que produzca tantos buenos frutos en nuestra vida, como una actitud de arrepentimiento.

De modo que el arrepentimiento es el único fundamento sobre el cual el Reino de los cielos ha de ser construido. Entonces, nuestra ‘casa’

espiritual tendrá un cimiento firme y no será arrasada cuando llegue la tormenta.

Todo nuestro servicio en el Reino de Dios que no sea fundada en el arrepentimiento, no durará eternamente ni tampoco dará fruto verdadero. ¡Que el arrepentimiento llegue a ser el don que anhelamos, tanto para cada uno de nosotros como para nuestras iglesias! Así un torrente de bendición y sanidad fluirá para todos nosotros.





## EL CAMINO AL ARREPENTIMIENTO

**N**ada es tan importante como encontrar el camino hacia el arrepentimiento, pues en éste recibimos gran alegría y una nueva vida. El primer paso consiste en reconocer que no solemos tener un verdadero arrepentimiento. Esto es fundamental porque desde la caída del hombre, no hay nada que nos falte tanto como el arrepentimiento. Éste fue el lamento de todos los profetas. Fue el lamento de Dios por su Pueblo. Y el lamento de Juan el Bautista también. Y, finalmente, Jesús mismo dijo:

*“¡Ah, si por lo menos hoy pudieras saber lo que te puede traer paz!”* (Lucas 19.42 RVC).

Que seamos sinceros. ¿Nos preocupa realmente el pecado en nuestras vidas? Fácilmente lloramos si se hace algo en nuestra contra, o por las dificultades con las que tropezamos en nuestras vidas. Lloramos por nuestras penas, problemas y desilusiones. Y, todos nosotros, actuamos así porque es parte de nuestra naturaleza humana. Pero lo que no nos viene por naturaleza es el arrepentimiento. El estar convencido del pecado es ajeno a la naturaleza humana.

El corazón humano tiende a pensar que siempre está en lo cierto y no ve razón alguna para llorar por sus propias faltas. Por naturaleza estamos seguros de nosotros mismos e impenitentes. Queremos culpar a los demás o, incluso, culpar a Dios cuando no entendemos sus caminos.

Habiendo reconocido que nos falta el arrepentimiento; el segundo paso es reconocer que no somos capaces, por nosotros mismos, de generar el arrepentimiento. Nadie tiene la capacidad para transformar su corazón duro en uno tierno y quebrantado, ni es capaz de llorar por sus propios pecados.

Cuando esto nos sucede, es un regalo de la Gracia que proviene del cielo, pues solamente el Espíritu de Dios puede obrar el arrepentimiento en nosotros.

Ahora, una vez reconocida nuestra falta de arrepentimiento y la imposibilidad de obtenerlo

por nuestra propia cuenta, debemos proceder desde ahí y mirar con fe a Dios, que todo lo puede, porque tenemos el consuelo de contar con un Dios que hace milagros y quiere realizarlos en nuestra vida. Él nos dice: “¿*Habrá algo imposible para mí?*” (Génesis 18.14). Es una alegría para Él crear algo que nuestro corazón no posee por naturaleza. Él puede suavizar, incluso, el más duro de los corazones. Tal milagro le glorifica.

De hecho nuestro Señor Jesucristo vino para quebrantar nuestra dureza y autojustificación, ablandar nuestros corazones y llenarlos de humildad para que podamos llorar por nuestro pecado.

Cuando Jesús aniquiló el poder de Satanás en la cruz, también derribó la dureza de nuestros corazones y la ceguera sobre nuestro propio pecado, con el que el enemigo nos había atado.

Él destruyó nuestra falta de arrepentimiento y ganó para nosotros la capacidad de llorar por ese pecado.

Por eso, tenemos la esperanza de llegar al arrepentimiento, no sólo por el dolor que el pecado nos causa, sino también por la tristeza que le hemos ocasionado a Dios y a nuestro prójimo.



El llamado de Jesús  
a arrepentirnos lleva en sí  
una promesa, pues el Señor  
no nos pide nada,  
sin capacitarnos.

Cuando Jesús entregó su vida por nosotros en el Gólgota, destruyó todos los principados y potestades que pudieran impedir el verdadero arrepentimiento.

Si nos desalentamos a causa de nuestra falta de arrepentimiento, y nos excusamos diciendo que somos incapaces de tener un corazón arrepentido, es indicio de que nuestro pensamiento ha sido oscurecido por el maligno. Porque nuestra naturaleza humana busca, siempre, una excusa para cada situación y – por último – si los dones de contrición y arrepentimiento no se encuentran en nuestra vida, echamos la culpa a Dios.

Pero, en realidad no tenemos excusa. Jesús ganó nuestro arrepentimiento en la cruz. Dios nos

muestra que será nuestro, si lo buscamos en oración, confiando en la victoria de Jesús. Cuando reconocemos la dureza de nuestros propios corazones y nuestra incapacidad para arrepentirnos mediante nuestras propias fuerzas, es precisamente cuando más debemos pedir este don. Jesús dice:

*“Todo lo que pidan al Padre en mi nombre, lo haré”* (Juan 14.13-14 RVC).

Sí, esta oración por contrición y arrepentimiento es una oración en su Nombre, pues Jesús vino para liberarnos de nuestra autojustificación y espíritu impenitente. Él ha venido para hacernos volver al Padre Celestial, como el hijo pródigo, llenos de lágrimas por nuestro ser pecaminoso. Todo aquél que se acerque a Dios pidiendo arrepentimiento, no será defraudado. La ayuda vendrá. Sólo espera y confía en el Señor.

Por causa de la promesa del Señor, tenemos la certeza de que nuestra oración pidiendo arrepentimiento será contestada.

Podemos orar diariamente:

“Señor, concédeme la gracia del arrepentimiento, dame un corazón quebrantado y contrito, un espíritu humilde. En mis tratos con otros, ayúdame a reconocer la ‘viga’ en mi propio ojo en vez de la ‘paja’ en el suyo (Mateo 7.3). Muéstrame dónde he pecado contra Ti y los demás”.

Dios contestará tal oración. Él me mostrará la verdad dolorosa sobre mí mismo y me ayudará para ver dónde le he entristecido a Él y a otros también. Entonces en lugar de llorar por lo que otros puedan haberme hecho, lloraré por lo que les he causado yo a ellos. Podré ver las cosas a la luz de la Verdad de Dios y no a la turbia luz del maligno, que agiganta los pecados de los demás para que apenas pueda yo ver mis propias faltas o la seriedad de lo que he hecho.

La oración para pedir que Dios derrame la luz de la verdad sobre cada área de nuestras vidas es una oración importante, pues, no está en nuestra naturaleza humana ver claramente, especialmente cuando tiene que ver con nosotros mismos.

Nuestra vista está envuelta en tinieblas. El enemigo quiere evitar a toda costa que veamos la luz y reconozcamos la verdad acerca de nuestra naturaleza pecaminosa.

Él no desea que podamos arrepentirnos para tener vida divina, alegría y autoridad espiritual. Sin embargo, desde que Jesús ha venido a nosotros, no necesitamos permanecer en la esfera de la influencia de Satanás. Jesús nos dice:

*“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, tendrá la luz que le da vida, y nunca andará en la oscuridad” (Juan 8.12).*

Por lo tanto, podemos tener la certeza que la luz de su verdad ilumina nuestro camino para que podamos ver cuando estamos desviándonos.

Asimismo, tengamos en cuenta que si queremos recibir el arrepentimiento no basta con orar diariamente para recibir de Dios la luz de su verdad y con ella la gracia del arrepentimiento; tenemos que estar dispuestos, cada día, a someternos a la corrección del Señor. Diariamente debemos orar:

“Señor, haz conmigo todo lo que quieras.  
Corrígeme para que tu Mano me quebrante  
y me dé un corazón humilde y contrito”.

Probablemente, más personas han llegado al arrepentimiento mediante las correcciones de Dios, que a través de los sermones acerca de la necesidad de arrepentirse.

Por eso, quien anhela la gracia del arrepentimiento debe orar pidiéndola y estar dispuesto a aceptar cada corrección para que su corazón pueda quebrantarse y volverse tierno.

El arrepentimiento no cae del cielo como una lluvia de gracia. Debe ser buscado con fe y oración y, muchas veces, ocurre que sólo lo recibimos a través de correcciones y sufrimiento. Pero, vale la pena comprometernos a recorrer estos caminos, en vez de evitarlos, porque la bendición y el fruto más maravilloso vienen de ellos.

¡Es casi incomprensible la abundancia de la nueva vida divina que nace de la contrición y del arrepentimiento! El verdadero gozo y la felicidad, todo poder y autoridad que recibamos para trabajar en favor del Reino de Dios, dependen de que vivamos en esta gracia, que nos permite llorar por nuestros pecados y humillarnos ante Dios y las personas, admitiendo nuestra culpa. De esta manera, debemos ofrecer todo nuestro ser para recibir este don de la gracia. No cesemos de orar y suplicar al Señor para que nos dé el arrepentimiento y estemos dispuestos a aceptar las correcciones. Confrontando también los principales obstáculos que nos impiden llegar al arrepentimiento.

*Santo Espíritu, te pido  
una humildad penitente,  
te pido la más grande de tus gracias;  
que mi corazón sienta  
tristeza por mis pecados,  
para que yo humilde sea.*

*Santo Espíritu, te pido  
que rompas la vil dureza  
de mi tibio corazón.*

*Que me llesves al arrepentimiento  
por mis culpas y pecados,  
que causan triste dolor  
a mi amado Salvador.  
Él cargó sobre sí todas mis culpas  
en su inmenso amor.*

*Te pido, Santo Espiritu,  
que seas mi abogado,  
que intercedas por mi gran anhelo:  
que a mi duro corazón  
le regales lágrimas de contrición  
y arrepentimiento verdadero.*

*Espiritu de penitencia,  
dame un nuevo y puro corazón,  
sumido en humillación  
que ante Dios siempre se incline,  
y ante los hombres también.  
No permitas que mi orgullo  
me prive de este bien.*

*Tú eres quien me impartirá  
un corazón humillado;  
lo prometió el Salvador.  
Muéstrame, pues, mis pecados  
para que yo pueda ser  
por tu gracia restaurado,  
¡Sí!, limpiado y perdonado.*



## NUESTROS MAYORES OBSTÁCULOS PARA ARREPENTIRNOS

### PRIMERA PARTE

**FALTA DE ARREPENTIMIENTO  
POR CAUSA DE NUESTRO  
ORGULLO, AUTOJUSTIFICACIÓN Y  
FALTA DE VOLUNTAD.**

*El obstáculo principal para arrepentirnos es nuestra propia justicia o autojustificación. Sabemos que realmente se está produciendo un milagro cuando una persona piadosa llora con muchas lágrimas de contrición y vive en una actitud penitente, porque es precisamente para*

los “piadosos” que es tan grande el peligro de la autojustificación. Por lo tanto, es imprescindible que ese sentido de justicia propia sea destronado de nuestro corazón y hecho pedazos, para que Jesús pueda venir a nosotros como el Salvador de los pecadores. Esto se aplica tanto a un individuo como a una iglesia o una comunidad cristiana. La autojustificación, mediante la cual buscamos reclamar nuestra inocencia y al final, también culpar a Dios, es una herencia que nos viene de Adán y Eva.

Aun los peores criminales sienten el deseo de verse libres de cualquier culpa. Ellos pretenden ser inocentes de los crímenes más atroces.

Los capellanes de las prisiones señalan que no hay otro lugar como la prisión para encontrar innumerables personas que se autojustifican, afirmando que en realidad son inocentes. Ellos piensan que han sido encarcelados injustamente. Los seres humanos tenemos una excusa para todo y por eso no vemos una razón por la cual cambiar o arrepentirnos. Si pensamos que estamos en lo correcto y sin culpa, ¿por qué tenemos que arrepentirnos?

Cuando nos defendemos o nos ponemos enojados, agresivos o furiosos, creemos que estamos justificados al reaccionar de esta manera porque —según pensamos— “no nos han respetado o no nos han tratado del modo apropiado”. No

queremos que los demás nos pisoteen, y por tanto, tenemos que defendernos. No importa si hemos sido airados, agresivos o hemos pronunciado palabras malas, pues la culpa es de la otra persona que nos ha irritado y nos ha tratado injustamente, hiriendo nuestros sentimientos y eso basta. ¿Qué culpa tenemos de ser hipersensibles o de estar muy cansados, y por eso enfadarnos fácilmente?

Incluso cuando alguien comete adulterio suele argumentar que fue algo que en realidad no quería hacer. Fue incapaz de controlarse cuando se encontró excitado. ¿Es culpa suya que Dios lo haya creado con deseos tan fuertes? ¿Cómo se le puede culpar toda la vida por algo que en realidad no quiso hacer? ¡Qué injusto que toda su vida se arruine por causa de un momento de debilidad!

O bien, supongamos que nuestro matrimonio ha sido angustiante para nosotros. No hemos sido nunca comprendidos por nuestro cónyuge; y de repente, “Dios” trajo a nuestra vida una persona que parecía haber sido creada justamente para nosotros. Nos encontramos en perfecta armonía de alma y corazón. ¿Será un pecado que nos hayamos apegado a esa persona? ¡Incluso, ni quisimos llegar a este punto!

O quizás estamos llenos de amargura, de envidia y de odio porque creemos que Dios no nos ha

dado los talentos suficientes para tener éxito en la vida... o que somos tímidos, incapaces de atraer a los demás por no poseer belleza ni encanto, o que no poseemos dones ni inteligencia, y así razonamos: “No podemos reaccionar de otra forma”.

Podemos seguir pensando así, sin darnos cuenta de que, en realidad, estamos culpando al Señor e impidiendo que se acerque a nosotros como Salvador y Dador de felicidad, y que colme nuestra vida de alegría, paz y luz. Le culpamos a Dios por habernos dado un mal genio, nervios difíciles de controlar o falta de habilidades. Le culpamos por establecer castigos tan severos sobre la ira y la amargura (Mateo 5.22; Gálatas 5.20-21); sobre las mentiras “piadosas”, el adulterio, etc. Argumentamos que tenemos que ayudarnos a nosotros mismos cuando estamos con problemas y que nuestros instintos humanos tomaron ventaja sobre nosotros. Así que, a fin de cuentas, siempre el culpable es Jesús. Actualmente no es diferente de lo que era hace mucho tiempo. Acusamos a Jesús y nosotros somos los inocentes, incluso cuando nuestros pecados y maldades hayan destruido la vida de otros.

Al excusarnos, tratando de explicar cómo sucedió todo y diciendo que no teníamos otra elección que hablar o actuar de esa forma, nos enneguecemos. Ya no vemos que el pecado es

pecado, que la culpa es culpa y que somos los responsables de nuestros errores.

Es evidente que nuestro corazón posee un enorme sentido de justicia propia, incluso por lo que escuchamos en círculos de cristianos comprometidos. Nosotros no queremos ser culpables y culpamos a Dios, diciendo que Él es responsable por las guerras y todas las demás miserias del mundo. La gente dice: “¿Cómo puede Dios permitirlo? ¿Cómo puede permanecer en silencio ante las maldades que suceden en la Tierra, y ante todos los crímenes terribles que se comenten?”. Aquí, nuevamente se hace presente la autojustificación que nos vuelve ciegos y sordos. Ya no percibimos cómo Dios habla por medio del juicio a través de las guerras y de todos los demás problemas en el mundo. Sí, Él nos está hablando poderosamente, y no reconocemos que estos juicios son su último intento para atraernos con amor hacia Él.

Tampoco vemos que Él consuela abundantemente a los que, en medio de los juicios y calamidades, están dispuestos a escuchar su voz y a humillarse bajo su Poderosa Mano, esperando la ayuda y consolación que vienen tan sólo de Él. Dios es el Único cuya Presencia transforma el infierno en cielo, aun en los campos de concentración y en otros lugares terribles. Esta autojustificación produce en nosotros tal cegue-

ra, que no podemos ver que el único responsable de toda la miseria del mundo es el ser humano que no quiere obedecer a Dios. Si le obedeciéramos y viviéramos de acuerdo con sus mandamientos, Él no se vería obligado a corregirnos y a juzgarnos, y el cielo estaría aquí, sobre la Tierra.

Con nuestra autojustificación, herimos su Corazón hoy, de la misma manera que lo hicieron sus acusadores en los días de su Pasión. Si siempre consideramos que nosotros, nuestra nación, y el resto de la humanidad es inocente, estamos culpando a Dios, que es la esencia misma del amor y a Jesús, que murió por nuestros pecados y es verdaderamente el Salvador, el Auxiliador y la Fuente de toda alegría. Él ayuda solamente a quienes buscan su ayuda y acuden a Él como enfermos, necesitados y pecadores.

Sin embargo Jesús, en su Amor ilimitado, desea ayudarnos y por eso nos urge a arrepentirnos. Hoy, el llamado al arrepentimiento dirigido a su pueblo del Nuevo Testamento, tiene el mismo énfasis que antes tuvo para el pueblo del Antiguo Testamento.

Cuando Él nos llama a la contrición, sin duda, está bien claro que somos pecadores y culpables, pues sólo los pecadores tienen necesidad de arrepentirse y cambiar de rumbo. Si nosotros acudimos con honestidad a su llamado,

aceptándolo como verdadero, nos convencerá de nuestros pecados.

“¡Arrepiéntete!” significa escudriñar nuestros corazones y ver dónde estamos fallando. Implica cambiar nuestra forma de pensar y nuestras actitudes. Por tanto, cambia tu forma de pensar y tu actitud si estás en falta con tu hermano al retenerle tu perdón, al no estimarle mejor que a ti mismo, al no tratarle con respeto, al no amarle con un amor que todo lo soporta y sufre. Cambia tu forma de pensar y actitudes si has pecado contra el noveno mandamiento, haciendo comentarios negativos acerca de otra persona, en detrimento de su integridad y tal vez incluso sin saber si era o no verdad. Cambia tus pensamientos y actitudes si te has conformado a los patrones del mundo y ya no tomas en serio la verdad. Cambia tus pensamientos y actitudes si ya no sigues más el camino de Jesús, el camino de la cruz y del sacrificio. Sí, cambia tus pensamientos y actitudes, ése es el significado de la palabra “¡arrepiéntete!” que aparece en la carta a la iglesia de Laodicea (ver Apoc. 3). Este es el llamado –al son de trompetas– que Dios hace a su pueblo del Nuevo Testamento, que es frecuentemente gobernado por un sentido de justicia propia y de tibieza, y tiende a caer en el legalismo, tranquilizando su mente con el cumplimiento externo de unos cuantos manda-

mientos, o viviendo de una “gracia barata” y de la autojustificación.

Jesús “declara la guerra” contra toda autojustificación, pronunciando un juicio sobre ella. En realidad, el juicio más severo Él lo pronuncia sobre todos los que se autojustifican, como los fariseos de su tiempo. Conocían las Escrituras y aparentemente las tomaban muy en serio, además eran celosos de enseñarla correctamente y oraban mucho; vivían una vida estricta y piadosa, pero estaban bajo la condenación de nuestro Señor. El Reino de los cielos no pudo abrirse para ellos, aunque también les fue ofrecida la gracia de Dios al venir Jesús como Salvador.

Pese a esto, ellos mismos se excluyeron al no aceptar la predicación sobre el arrepentimiento y por no estar dispuestos a renunciar a su autojustificación. Mientras la gente se humillaba en contrición, al escuchar el sermón de Juan el Bautista, los fariseos rehusaban seguir el llamado al arrepentimiento. Rechazaron su predicación, la tildaron de exagerada. Tal vez se dijeron a sí mismos, como muchos hoy, que era “un auto análisis no muy sano, una introspección psicológica”. Dios dice algo diferente. Nuestra salvación depende de nuestra aceptación de este llamado al arrepentimiento. La puerta del Cielo no se nos abrirá por el hecho de saber quién es

Jesús. Solamente se nos abrirá si, día a día, nos postramos al pie de la cruz, como pecadores verdaderamente penitentes y con un corazón quebrantado.

Nuestros argumentos –sean de índole teológica o psicológica– generalmente se originan en el orgullo, por el que rechazamos el arrepentimiento; ya que requiere de nuestra humillación ante Dios y las personas, la conversión de nuestra forma de ser y la reparación de lo que está mal. Al hacerlo, admitiríamos que nuestros caminos anteriores eran errados, y esto sería humillante. Ningún otro pecado está tan firmemente arraigado en nuestro corazón como el orgullo, especialmente entre los cristianos que creemos en Jesús como Salvador. Si se nos dice que somos demasiado lentos, o muy rápidos, o demasiado impulsivos, inmediatamente nuestro orgullo se rebela y rápidamente nos defendemos. Entonces decimos que trabajamos tan lentamente porque somos meticulosos y cuidadosos...”; o “que nos precipitamos y nos apuramos, porque estamos muy ocupados...”; o “que somos impulsivos porque tenemos que decir algo enfáticamente”.

¡Cuán rápido rechazamos lo que otros nos dicen! Con demasiada prontitud culpamos a otros, diciendo que siempre nos critican y encuentran fallas en todo lo que hacemos, que no están

satisfechos con nada que proceda de nosotros y que no nos entienden. Pero si no podemos aceptar nada de lo que otros nos dicen es porque somos orgullosos.



Los humildes  
desean escuchar  
lo que otros  
quieren decirles.

Tienen el valor de escuchar la verdad sobre sí mismos y de admitir que necesitan un cambio, un nuevo rumbo. Ya sea un asunto grande o pequeño, ellos dicen: “Es verdad, necesito cambiar en este aspecto.”

En cuanto a esta actitud de excusarnos, Jesús la llama: “mirar el tronco en el ojo de nuestro hermano y la paja en el nuestro” porque, al excusarnos, minimizamos nuestra propia culpa y acusamos a otros de culparnos injustamente. El

ser humano, en su orgullo, se excusa constantemente. Y nunca habrá un verdadero cambio, si no nos arrepentimos. El pecado no admitido ni confesado obstaculiza nuestro acercamiento a Jesús, ya que no es el pecado como tal, sino el pecado que no se admite y del que uno no se arrepiente, el que nos separa de Dios y el que nos hará venir el juicio sobre nosotros en el mundo venidero.

¡Oh, si pudiéramos escuchar la voz de Dios llamándonos al arrepentimiento, en aquellos que nos reprenden en asuntos grandes o pequeños! ¿De qué otro modo lo oiremos si no lo hacemos a través de los instrumentos de Dios? Es decir, de las personas que el Señor pone a nuestro lado y que, además de conocernos, observan nuestro comportamiento y nos reprueban. Si no escuchamos la voz de Dios en quienes tratan de corregirnos y, al contrario, rechazamos su ayuda, serán pocas nuestras experiencias de contrición diaria y de arrepentimiento. Debería ser normal para nosotros el arrepentirnos diariamente pues, en la oración de confesión en la iglesia, nos reconocemos pecadores a diario. Significa que, diariamente, tenemos que arrepentirnos y cambiar nuestra forma de ser. Sin el arrepentimiento, nuestra vida espiritual se llena de hipocresía y nos alerta de que algo, muy importante, anda mal.

Si creemos en lo que nos han enseñado: somos pecadores hasta el día de nuestra muerte; entonces el arrepentimiento diario será esencial en nuestra vida. Pero no debemos entenderlo “legalmente”. Hay días en que tenemos la certeza de nuestro pecado y experimentamos mayor arrepentimiento en nuestro corazón. Otras veces, en que el Señor nos regala la presencia especial de Su Amor, el gozo y la paz que produce su perdón; el arrepentimiento se da, mayormente, a nivel subconsciente. Pero, en general, en nuestra vida, debemos experimentar siempre un arrepentimiento y una contrición renovados.

En resumen: Nosotros como cristianos, en primer lugar, deberíamos arrepentirnos por nuestra falsa seguridad y autojustificación. Vamos a comenzar a admitir nuestros errores en nuestra vida cotidiana, cuando los otros nos los recuerdan, o cuando nuestra conciencia nos amonesta suavemente para admitir nuestras faltas; debemos escucharla en vez de silenciarla con nuestras excusas. Sí, tenemos que declararle la guerra a la autocompasión y a la autojustificación. Comencemos a arrepentirnos por cada excusa y ante el más leve pensamiento de justicia propia. Retornemos de estos pensamientos y cambiemos de rumbo.

Puesto que nuestro Señor cumplió su acto de redención en la cruz para liberarnos del espíritu

de autojustificación, Él escuchará nuestras oraciones y nos llevará, cada vez más, a un estado de contrición y quebrantamiento.

Entonces se nos abrirá el reino de los cielos y nuestros corazones se llenarán de alegría, vida y amor.

## SEGUNDA PARTE

### FALTA DE ARREPENTIMIENTO PORQUE NO RECONOCEMOS LA VOZ DE DIOS EN SUS CORRECCIONES.

¿Por qué se nos hace tan difícil a nosotros los cristianos encontrar el camino del arrepentimiento? Sumada a nuestra autojustificación, hay otra razón especial. Ya no estamos acostumbrados a ver todos los sucesos de nuestra vida – especialmente nuestros problemas– en conexión con la Voluntad de Dios y no nos damos cuenta de que Él está tratando de hablarnos a través de ellos. Debido a que no consideramos a Dios como un Dios vivo, nos cuesta creer que Él tenga “contados los cabellos de nuestra cabeza” y que nada, incluso el suceso más insignificante

de nuestra vida, esté fuera del radio de su Voluntad. Esta verdad no es propia de nuestra mentalidad.

Sin embargo es verdad –como dice la Escritura– que cuando Dios nos corrige, cuando Él interviene en nuestras vidas a través de la necesidad y el sufrimiento, actúa de esa manera para que podamos participar de su santidad (Hebreos 12.10-11). Es decir, cuando Él nos corrige y permite que pasemos por sufrimientos, es una medida disciplinaria y un proceso purificador. Cuando algo en nuestra vida no es agradable ante Él, el sufrimiento es la Mano correctora de Dios. Es el plan de su Amor para con nosotros, con el fin de volver a conducirnos por el camino recto. Él nos habla mostrándonos aquello que debe ser cambiado dentro de nosotros. Por tal razón, el Señor permite que experimentemos la soledad, alejando de nosotros a aquellas personas a quienes nos apegamos. Tal vez el amor de dichas personas signifique demasiado para nosotros. Sea como sea, Él desea ser el centro de nuestro amor. O bien, permite una enfermedad para que nos acerquemos más a Él y veamos nuestra vida a la Luz de Su Rostro y lleguemos al arrepentimiento. O viene una dolencia para enseñarnos a tener más paciencia.

Cuando el Señor nos envía un problema, sea con la intención de disciplinarnos o como un proceso de purificación, Él siempre quiere obrar sobre nuestra naturaleza pecaminosa. Con amor se preocupa por nosotros, tal como lo hace un padre terrenal; Él nos moldea con el propósito de ser transformados a su semejanza. Es un proceso que durará toda nuestra vida. El apóstol Pablo, en su carta a los Romanos, en el capítulo ocho, dice que somos llamados y redimidos para ser transformados y conformados a imagen del Hijo de Dios.

Es por esa razón que Jesús vino al mundo y, tan sólo con ese propósito, sufrió la muerte por nosotros. Él anhela que tomemos parte en la naturaleza de Dios y que reflejemos, nuevamente, su noble imagen. Por tal motivo, cuando nos corrige, Él nos pide que reconozcamos, con honestidad, que todavía no reflejamos su imagen. Él nos mostrará –si se lo pedimos– en qué estamos fallando. Y espera que nos arrepintamos por el hecho de que, como hijos suyos, reflejamos tan pobremente Su imagen, que esto le causa gran dolor, a Él y a nuestros hermanos.

¡Oh, qué penetre en nuestros corazones el anhelo de Dios de encontrar en nuestras vidas la respuesta de contrición y arrepentimiento! Cuando lo hacemos, Él puede obrar rápidamente

en nosotros y cambiarnos poco a poco según la imagen de Jesús. Cuando nos arrepentimos, su proceso de purificación de nuestras almas tendrá efecto y su disciplina contribuirá a nuestra santificación, como lo dicen las Escrituras (ver Hebreos 12.10). No obstante cuando nos resistimos al arrepentimiento, mientras caminamos con sufrimiento; quizá culpando a Dios por dejarnos solos en estos caminos tan difíciles, no hacemos más que privarnos de la bendición de ser transformados a su imagen y recibir su abundante gracia.

Dios no nos **corrige** por placer (ver Lam. 3.33), sino que lo hace para que se cumplan Sus propósitos en nosotros. ¡Cuán difícil es que Él nos moldee, pues no queremos postrarnos ante su presencia! En lugar de esto decimos: “¿Qué hice yo para merecer esto?”. Normalmente sucede que cuando el Señor nos envía alguna prueba, nos sentimos como si fuéramos mártires, dignos de la compasión de los demás por los problemas, dificultades y sufrimientos que estamos enfrentando. Esto es real, cuando nos toca sufrir a causa de otras personas, pues nos creemos inocentes, sentimos que hemos sufrido injustamente y nos entristecemos y deprimimos. No estamos dispuestos a doblegarnos bajo el sufrimiento, producto de aquellos que nos hacen **la vida difícil**, y así nuestro corazón se llena de amargura y de auto compasión. Caemos cada

vez más en un imaginario estado de martirio y nos sumergimos en una profunda melancolía e infelicidad.

De esta manera nos hacemos prisioneros de nuestros propios problemas. Lo mismo sucede cuando Dios permite que experimentemos problemas más grandes, y nos guía por caminos difíciles de sufrimiento y corrección. No comprendemos el verdadero propósito que hay detrás de todo esto. Incluso, si no lo culpamos directamente, lo mejor que los cristianos podemos decir es: “Mi situación responde a la voluntad de Dios” y luego aceptar todo lo que sucede en mi vida. También los musulmanes dicen: “Alá así lo quiere”; sin embargo, esas palabras se dicen, desconociendo que Dios es un Padre que educa a sus hijos. Él sólo nos corrige y disciplina, tal como lo haría un padre terrenal que espera que su hijo tome conciencia de sus errores, con los que ha entristecido a su padre o a sus hermanos. El padre espera ver que su hijo cambia su modo de ser.

Uno de los grandes problemas para nosotros los cristianos es que ya no reconocemos la Mano de Dios obrando en nuestras vidas mediante la corrección, porque pocas veces consideramos a Dios como nuestro Padre. Hemos perdido la habilidad de oír su Voz en medio del sufrimiento

y no nos damos cuenta de que Él espera nuestro arrepentimiento.

Como consecuencia, no llegamos a sentir verdadero arrepentimiento en nuestra vida diaria, aunque Dios desea conducirnos a esto, mediante sus correcciones. Muchas veces sólo experimentamos el arrepentimiento cuando hemos cometido un pecado muy grave; así que, como cristianos, muy raras veces cometemos tales pecados, o por lo menos ¡así lo creemos! Pero en realidad no vemos que el pecado que cometemos con más frecuencia – como puede ser el hecho de criticar, juzgar y condenar a los demás y de creernos superiores – es a los ojos de Dios un pecado muy grave. Aunque Dios determina un severo castigo sobre este pecado, no consideramos **que deba ser** tomado en serio, y no sentimos la necesidad de arrepentirnos de ello. La corrección debería ayudarnos a asumir nuestros pecados con mayor seriedad, llevándonos a la luz de la Santidad de Dios, especialmente aquellos que consideramos de menor importancia.

La Sagrada Escritura nos enseña que existe una relación entre pecado y la corrección que recibimos. Vez tras vez percibimos este tono en la Escritura. El rey David expresó en su oración de arrepentimiento en el Salmo 51.4: *Pequé contra ti y sólo contra ti, delante de ti hice lo*

*que es malo; por eso tu sentencia es justa, y tu juicio es irrefutable* (PDT). Ésta es una ley de Dios que procede de su Santidad, pero también de su Corazón de Padre.

En nuestra Comunidad de Hermanas, hemos experimentado con frecuencia que las cosas que nos sucedían, especialmente en la época en que estábamos construyendo nuestra Casa Matriz y la Capilla, estaban directamente relacionadas con nuestra culpa. Lo experimentábamos en los pequeños hechos de la vida diaria. Durante la construcción había que empujar un carro lleno de arena. Conducirlo era sumamente difícil. Siempre temíamos que se volcara y no pudiéramos colocarlo, nuevamente, en los rieles, porque las hermanas tenían poca fuerza para hacerlo. Un día se descarriló seis veces. ¿Acaso sería un accidente, si ni siquiera cae a tierra un pájaro si no es por la voluntad de Dios? ¿Sería algún signo o indicación? Cada situación difícil –y ése era realmente un gran problema en nuestro trabajo– ¿no era acaso una señal de que Dios nos estaba hablando? ¡Dios vive! Él es un Padre que amorosamente se preocupa por todas las cosas. Él desea hablarnos a cada momento. En aquella ocasión, la hermana encargada llamó a las demás a la tienda de oración, donde se postraron ante la presencia de Dios y pidieron que les mostrara si lo habían entristecido y cuál era el origen del problema que tenían. Le pidieron a

Dios que les mostrara la razón por la cual todo su trabajo había sido en vano. Entonces, las hermanas comenzaron a confesar que, esa misma mañana, se habían criticado unas a otras en sus corazones. Esto impedía las bendiciones de Dios sobre su trabajo. Luego, las hermanas se arrepintieron y se reconciliaron unas con otras. Se perdonaron de todo corazón y volvieron al trabajo, y, ¡el carro dejó de volcarse!

Esta historia es importante aunque parezca un asunto trivial. Nuestra vida es un conjunto de asuntos triviales como éste; por lo tanto, debemos ver en ellos el llamado que Dios nos hace al arrepentimiento.

Recuerdo varias cosas que ocurrieron durante el tiempo en que estábamos construyendo nuestros edificios. Al principio no queríamos reconocer la relación que había entre lo que pasaba y la intervención de la mano de Dios. Por ejemplo: hubo un largo período de lluvias torrenciales que dificultaban el trabajo de construcción.

Finalmente, cuando parecía que la lluvia nunca iba a parar, comprendimos la relación que existía entre el obrar de Dios y nuestro pecado, y entonces, obedecimos su llamado al arrepentimiento. De este modo, experimentamos su Gracia y cesó la lluvia. Ocurrió lo mismo en tiempos de frío severo o temperaturas demasiado altas, cuando Dios las permitía y se convertían

en retrasos y obstáculos para la construcción de nuestros edificios.

Como personas modernas, muchas veces nos ponemos por encima de la Palabra de Dios. Actuamos como si fuésemos intelectualmente superiores a Dios. Somos demasiado orgullosos para ver su mano en todos los eventos de la vida, tanto en los grandes como en los pequeños. Pero las Escrituras nos muestran que Dios tiene otro punto de vista. Existe una relación entre las condiciones del clima y los tratos de Dios con las personas, como leemos en los versículos siguientes:

*“Si siguen mis leyes, y cumplen mis mandamientos y los practican, yo les enviaré la lluvia a su tiempo, y la tierra y los árboles del campo darán su fruto” (Levítico 26.3-4).*

*“Si ustedes cumplen los mandamientos que les he dado en este día, y aman al Señor su Dios, y lo adoran con todo su corazón y con toda su alma, él hará que vengan a su tiempo las lluvias de otoño y las de primavera, para que ustedes cosechen su trigo y tengan vino y aceite” (Deuteronomio 11.13-14).*

*“Y te abrirá su rico tesoro, que es el cielo, para darle a tu tierra la lluvia que necesite; y hará prosperar todo tu trabajo” (Deut. 28.12).*

*“El profeta Elías, que era de Tisbe, de la región de Galaa, dijo a Acab: ‘¡Juro por el Señor, Dios*

*de Israel, a quien sirvo, que en estos años no lloverá, ni caerá rocío hasta que yo lo diga!”* (1 Reyes 17.1).

En Amós 4.7 podemos ver como Dios usa el clima para hablar personalmente con sus hijos: *“También hice que les faltara la lluvia durante tres meses antes de la cosecha. En una ciudad hice llover y en otra no; en un campo llovió y otro se secó por falta de agua”*.

Si Dios mueve cielos y tierra para llevarnos a la contrición y al arrepentimiento, ¿no deberíamos pedirle que abra nuestros ojos y nos disponga para escuchar su Voz? ¡Oh, que podamos usar todos los eventos de nuestras vidas, especialmente los que nos entristecen, para recibir la gracia del arrepentimiento y darle a Dios la respuesta que Él anhela recibir! ¡Cuán preciosa le es una sola lágrima de contrición! Ciertamente, esa lágrima significa más para Él que cien “buenas obras”. Cuando un alma está llena de contrición y arrepentimiento y se postra a los Pies de Dios con un corazón quebrantado y contrito, hay alegría en el cielo. Si los ángeles se alegran tanto de ver almas arrepentidas, ¡cuánto más regocijo experimentará Jesús en su Corazón! El Padre se acercará a dichas almas y las acogerá en sus Brazos. El Señor podrá cumplir sus grandes propósitos en quienes se arrepienten, pues su Gloria resplandece a través

de nuestra pequeñez. Él se revela en las almas humildes y quebrantadas y no en los orgullosos, quienes, sólo pretenden encontrar faltas en los demás y sentirse superiores, sin reconocer sus propios pecados.

Nuestro arrepentimiento no solamente traerá alegría al Corazón de Dios, cuando el propósito de la corrección se haya cumplido sino también nos proporcionará a nosotros un profundo gozo. Entonces el sufrimiento no nos aplastará más; por el contrario, será portador de gran alegría. Recibiremos ayuda en medio del sufrimiento. Incluso, tal vez no tendremos que pasar por algunos senderos de corrección si escuchamos inmediatamente su voz, y luego podremos ser conducidos por caminos de dolor, por los que es preciso que transitemos, no sólo por causa de nuestro pecado. Así, podremos ofrecer un sufrimiento sacerdotal, por el bien de otros, “para que ellos alcancen la salvación gloriosa” (2 Timoteo 2.10) como escribió el apóstol Pablo.

Para nuestro “sufrimiento sacerdotal”, del cual la Escritura habla tan a menudo, no hay otra fuerza motivadora que no sea el arrepentimiento. Para poder sufrir por los pecados de los demás, debo sufrir primero por mis propios pecados y faltas. Sólo Jesucristo ha sufrido por sus hermanos, siendo totalmente inocente y puro. **Él mismo** fue el sacrificio por nuestros pecados. Sólo podemos

sufrir con Él en calidad de miembros de su Cuerpo y orar para que, cuando el sufrimiento nos haga caer como granos de trigo, nos levante con poder, dando frutos en abundancia. Él murió por nosotros, pecadores, para que nosotros también podamos dar la vida por nuestros hermanos (ver 1 Juan 3.16).

## TERCERA PARTE

### FALTA DE ARREPENTIMIENTO PORQUE NO TOMAMOS LA PALABRA DE DIOS COMO UN COMPROMISO PARA NUESTRA VIDA.

El sentimiento de justicia propia, de orgullo y de resistencia a humillarnos ante la reprobación de Dios son obstáculos en nuestro arrepentimiento. Pero hay otro aspecto en nuestras vidas que es decisivo, pues determina si el camino al arrepentimiento está abierto o bloqueado. Dicho aspecto es éste: “¿Qué patrón he de usar para medir mi vida?”. Si estamos satisfechos con el patrón “de ir a la iglesia, orar, guardar el día del Señor, no matar o robar”, difícilmente recibiremos el don del arrepentimiento. Si éste es nuestro patrón, entonces el Señor Jesús nos dice:

*“Si no superan a los maestros de la ley y a los fariseos en hacer lo que es justo ante Dios –ellos guardaban los mandamientos y llevaban al parecer, una vida decente– nunca entrarán en el reino de los cielos” (Mateo 5.20).*

En otras palabras, el Señor Jesús tiene un patrón diferente. Él dice que cualquiera que se enoje contra su hermano caerá bajo juicio. Él requiere que estemos reconciliados con nuestro hermano antes de dejar nuestra ofrenda en el altar. Esto no ocurre solamente cuando hemos sido los causantes de la ofensa, sino también si supiéramos que él puede tener algo en nuestra contra o si hubiera algo entre nosotros y nuestro hermano.

Jesús nos da un patrón elevado: el patrón de amar a nuestros enemigos. ¿Quién puede cumplirlo? Probablemente, la mayoría de nosotros, tengamos algún vínculo con personas de nuestra familia, trabajo o vecindario, que son causa de problemas y malestar. Quizás son personas que nos tratan mal, hasta el punto de atormentarnos. ¿Cómo les respondemos? ¿Les tratamos con amor misericordioso, o pensamos y decimos palabras amargas y de crítica sobre ellos? ¿Tratamos de defender nuestros derechos? ¿Queremos siempre tener razón? Jesús llama a esto pecado y nos dice que seremos enjuiciados. Y Sus palabras son verdaderas, pues cuando Él dice:

*“...mientras existan el cielo y la tierra, no se le quitará a la ley ni un punto ni una letra, hasta que todo llegue a su cumplimiento”* (Mateo 5.18), esas palabras se aplican de la misma forma a las normas que Jesús nos dio en el Sermón del Monte, que es la síntesis de la Ley del amor, la ley del Reino de Dios.

Si usamos la Palabra de Dios como patrón para medir nuestras acciones en lugar de nuestro propio criterio, siempre veremos nuestros errores y llegaremos fácilmente al arrepentimiento. Si nos damos cuenta de que somos pecadores, que hemos faltado a nuestros hermanos o a nuestros enemigos por no tratarles con amor, por no ganarles con un amor misericordioso, humilde y paciente, entonces será fácil para nosotros llegar al arrepentimiento. La contrición nos permite nacer a una nueva vida. Nuestro amor por Jesús crece, y le amaremos con un amor generoso. También amaremos a nuestro prójimo, incluso a los que nos parecen hostiles, pues no podemos amar a Jesús sin amar a nuestros hermanos. Este cálido y rebosante amor fluirá hacia todos cuando se apodere de nosotros un profundo dolor a causa de todo frío e indiferencia de nuestro corazón, que nos hubiera impedido tolerar con amor a las personas débiles y difíciles. Nuestros ojos se abrirán, al medirnos con la “auténtica medida” que es la Palabra de Dios.

Nuestro arrepentimiento debe comenzar por el hecho de que no tomamos seriamente la Palabra de Dios y por eso no llegamos a arrepentirnos. Pues nos atrevemos a usar nuestros propios patrones de conducta, quedándonos satisfechos al cumplirlos, somos entonces como los fariseos. Por afuera participamos en actividades cristianas, tal vez incluso muy entusiasmados.

Oramos, vamos a la iglesia y a los estudios bíblicos. Damos ofrendas, o aún diezmos. Nos hemos separado del mundo y ya no hacemos esto ni aquello, y pensamos que esto es suficiente. Es decir, nos medimos con la vara de nuestro propio criterio. Dios medirá nuestros actos de acuerdo con Su patrón, y no tendremos ninguna excusa cuando nos encontremos ante su Trono de Juicio, pues Él ha proclamado claramente Sus medidas en Su Palabra.

En otras palabras, la razón de nuestra falta de arrepentimiento –en nuestra vida personal o en nuestras iglesias o grupos comunitarios– consiste en que muchas veces no medimos nuestras vidas de acuerdo con lo propuesto por la Palabra de Dios. No las tomamos en serio, por ejemplo: “Den a otros, y Dios les dará a ustedes. Les dará en su bolsa una medida buena, apretada, sacudida y repleta” (Lucas 6.38). O “si te obligan a llevar carga una milla, llévala dos” (Mateo 5.41). No tomamos esto como un compromiso.

Como cristianos, actuamos de la misma manera en que lo haríamos en el mundo, teniendo en cuenta nuestros propios intereses. En vez de dar para el Reino de Dios y el ministerio del Señor y para los necesitados, retenemos lo más posible para nosotros.

Por eso las palabras fuertes de Jesús con respecto a no hacer caso a la Escritura se aplican verdaderamente a nosotros. Hacemos lo que queremos con Su Palabra.

La interpretamos según nos convenga y para que se adecue a nuestras vidas no purificadas. Hacemos lo que nos da la gana en nuestras relaciones con nuestros semejantes, con nuestro dinero y con todo lo demás. Porque no nos sujetamos a los preceptos de las Escrituras, no nos preocupamos por las cosas que hacemos o que decimos, por nuestra vida de oración, por la falta de amor en nuestra relación con nuestro prójimo, por el daño que hacemos al hablar negativamente del otro.

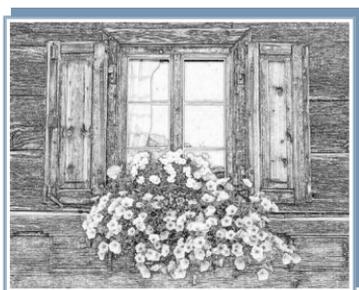
¡Debemos arrepentirnos por expresar tan poco dolor por nuestras propias faltas! Necesitamos arrepentirnos del espíritu farisaico que reside en nuestro interior. Juan el Bautista decía a los fariseos: – “¿Quién les ha dicho a ustedes que van a librarse del terrible castigo que se acerca?” (Mateo 3.7). En verdad pensamos que porque creemos en Jesús podemos escapar del juicio

divino. Del mismo modo en que los fariseos dijeron: – “A Abraham tenemos por padre” (ver Mateo 3.9), nosotros decimos: “Vamos a la iglesia, estamos en casa allí. Vivimos de la gracia y por eso escaparemos de la ira venidera”. Debemos arrepentirnos por tales pensamientos y palabras, pues ellos nos acusarán en juicio. Fue esta actitud la que hizo a Juan el Bautista llamar a los fariseos “raza de víboras” y decirles: “Produzcan frutos que demuestren arrepentimiento” (Mateo 3.7-8 NVI).

Dios está esperando frutos de cambio, de conversión, de transformación del pensamiento. De otro modo, el hacha caerá sobre nuestra raíz, porque “Todo árbol que no da buen fruto, se corta y se echa al fuego” (Mateo 3.10). ¿Cuál es la vida que muestra una abundancia del fruto del Espíritu: “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio”, como leemos en Gálatas 5.22? ¿Brilla la luz de la alegría en nuestro rostro? ¿Somos portadores de alegría? ¿Será que nuestra vida testifica de paz? ¿O está con riñas y peleas? Las contiendas y enemistades son frutos de la carne, “odios, discordias y celos” (Gálatas 5.20), caerán bajo el juicio de Dios. ¿Quién muestra el fruto de la paciencia, incluso durante las molestias de la enfermedad o al convivir con personas difíciles? ¿Quién posee el fruto de la bondad para ver solamente lo bueno en los

demás y amarlos con un amor que cubra una multitud de pecados, en vez de buscar los errores en otros, hablando sobre ellos? ¿Quién da testimonio genuino de mansedumbre, de un espíritu dócil y humilde, en lugar de ser agresivo, discutiendo y exigiendo sus derechos? ¿Quién puede decir que siempre es amigable?

El apóstol Pablo escribe en su carta a los Gálatas 5.23 que no existe ninguna ley en contra del fruto del Espíritu. Pero Dios está dispuesto a imponer una pena donde falte el fruto del Espíritu y abunden las obras de la carne, pues dice “los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5.21 NVI). Esto se lo está diciendo al pueblo del Nuevo Testamento, que cree en Jesucristo. ¿De qué vale la fe cuando no produce fruto? Por eso es tan importante que tengamos un buen patrón de medidas y lo encontramos en la Palabra de Dios. El primer paso es atender el llamado: “¡Arrepiéntanse!” cuando no estamos viviendo en contrición, pues el arrepentimiento es fundamental para nuestra vida.



## DIOS ESTÁ ESPERANDO QUE VOLVAMOS A ÉL ARREPENTIDOS Y QUE LE AMEMOS

¡**A**rrepiéntanse! En realidad, no sólo debemos arrepentirnos por nuestra desobediencia a los mandamientos que Dios nos dio en el Sermón del Monte; sino también y especialmente por el pecado contra Dios mismo. Según la Escritura, esto traerá sobre nosotros el más severo castigo de Dios, pues insultamos y entristecemos Su Corazón si quebrantamos el primer mandamiento, que nos llama a amar a Dios sobre todas las cosas. ¡Cuánto le entristece a Él si no le amamos, si lo ignoramos, o si lo amemos con un corazón dividido.

Dios es un Padre lleno de amor. Él ha planeado todo amorosamente para sus hijos: el sol, que nos calienta y alumbrá; el canto de los pájaros,

los árboles, los prados y las flores; las montañas y los lagos; y toda la belleza que hay en la Tierra y en el cielo y, como un padre terrenal, también espera una respuesta de sus hijos.



Él quiere que ellos se regocijen, que le agradezcan todas sus bondades y que le amen.

Sin embargo, nuestro Padre Celestial –que nos creó y nos ama con un amor inimaginable– ¿espera en vano? Pues, ¿cuándo recibe agradecimiento y alabanza por toda su bondad?

En realidad, los pájaros cantan sus cánticos de alabanza; las flores brotan para darle alegría, pero nosotros, Sus hijos, aunque también formamos parte de la creación, casi siempre permanecemos en silencio. Aun aquellos que, por medio de Jesucristo, fueron hechos hijos de Dios, ofrecen muy poca alabanza y adoración. Nuestros rostros reflejarían alegría, si agradeceríamos a Dios su bondad y favores, grandes y pequeños, que hemos experimentado en nuestras

vidas, incluyendo el techo que nos protege y nuestro pan de cada día. Cada vez, el Padre piensa en diferentes maneras de alegrar a sus hijos. Si damos gracias por todas estas cosas y nos regocijamos por ellas, nuestro amor por Él se encenderá.

Pero, ¿en qué hogar –aun entre los cristianos– se escuchan alabanzas al Padre, glorificándole con un corazón amoroso, agradecido y gozoso? ¡Sí!, arrepiéntanse; dejen el camino de la ingratitud, es lo que nos está diciendo Dios. Jesús nos pide que nos arrepintamos por entristecer el Corazón del Padre. El Padre quiere regocijarse en Sus hijos, pero su corazón está lleno de dolor, como frecuentemente leemos en Su Palabra: “Me has abrumado con tus pecados, y Me has cansado con tus iniquidades” (Isaías 43.24 NBLH).

¿Cuántos cristianos viven para alegrar al Padre, por amor a Él? ¿Cuántos le alaban y le agradecen constantemente en respuesta a tanta bondad? Sí, ¡arrepintámonos de nuestra ingratitud! ¿No es vergonzosa la manera en que aceptamos las bendiciones del Padre como si las mereciéramos y nos olvidamos del Corazón del Dador que lo planeó todo por amor a nosotros y, a cambio, respondemos sin amor ni gratitud.

¡Oh, con cuánta frecuencia nuestros corazones se endurecen más que las mismas piedras! Dios nos ama como ningún ser humano puede

amarnos. Él se ha sacrificado por nosotros más de lo que nadie ha podido sacrificarse. No sólo ha entregado, por nuestra causa, a su Hijo amado; sino que –por amor a nosotros– ha permitido que sufriera una horrible tortura, una tremenda agonía y una muerte cruenta. Sin embargo entristecemos a Dios, no le damos las gracias ni tampoco nuestro amor.

Nos avergonzamos cuando hemos sido desagradecidos con nuestros padres terrenales, que tanto nos aman y se sacrifican por nosotros. Nos avergonzamos cuando lastimamos sus amorosos corazones y les causamos tristeza. ¿No deberíamos avergonzarnos también con un corazón quebrantado, por ser tan desagradecidos con nuestro Padre celestial? En vez de darle gracias por su amor y sacrificio, correspondiéndole con nuestro amor, frecuentemente nos comportamos con indiferencia y frialdad para con Él.

Cuando Él nos corrige, como todo buen padre terrenal lo hace, nos rebelamos contra su Plan en lugar de entregarnos confiados a su Voluntad. Cuando sus hijos actúan de esta forma, su Corazón Paternal se entristece profundamente.

Es como si todo en la naturaleza, las piedras, las colinas y montañas, se hicieran eco de esta llamada: “¡Arrepiéntete, examínate! ¡Date cuenta de lo que le has causado a tu Dios! Vuélvete de tus caminos, arrepiéntete de tu indiferencia

hacia un Dios que es Amor, tú que no le amas de todo corazón, que no confías en Él”. Sí, arrepíentete, y cambia tu actitud hacia Dios; entonces el Reino de los cielos se acercará a ti. El Reino de los cielos está allí donde se ama a Dios, pues Él es el centro de los cielos. El Reino de los cielos se instalará en la Tierra cuando nosotros, los hijos de los hombres, nos arrepintamos y abandonemos los caminos en que hemos pecado contra el amor. Comencemos a amarle, confiando y rindiéndole nuestra voluntad a Él, sin importar de qué manera nos guíe.

Jesús exclama: “¡Arrepíentete!”, porque anhela que le demos nuestra vida y nuestro amor. Desea atraer nuestros corazones hacia Él. Sí, Él nos llama y nos dice: “Apártate del amor al mundo, de tu forma de amar a los demás seres humanos y de amarte a ti mismo más que a Mí. Cambia tus caminos, desde ahora en adelante, para amarnos a Mí y al Padre. Entonces, vendremos y haremos nuestra morada en ti. ¡Eso es el cielo!”.

El llamado al arrepentimiento es una invitación a la salvación, que Dios nos hace. Pues dejando nuestros caminos pecaminosos, estaremos yendo “camino a casa”, hacia Dios. De esta manera nos unimos en estrecha e íntima comunión con Dios, para experimentar –en mayor medida– la presencia del cielo en nuestra vida. ¿Habrá, aquí en la Tierra, mayor bendición que la Gracia de la

contrición y del arrepentimiento? ¿Podremos desear, acaso, algo más que alcanzarla?

Jesús comenzó su misión con el mensaje del arrepentimiento. Con la palabra “arrepíentete” estaba llamando como Salvador, ofreciéndonos su amor y su salvación. Esta palabra también encierra, dentro de sí, el sufrimiento de Dios a causa de la indiferencia de sus hijos. Ahora está llamándolos para que regresen al hogar, y por eso exclama: “*¡Vuélvete de tus caminos, vuélvete a Mí!*”. Sus hijos se encuentran muy alejados. Ya no mantienen la estrecha relación que los hijos deben tener, amando y confiando en su Padre. Se han vuelto “desconocidos”. ¿Acaso un padre no extraña a sus hijos? ¿No espera que vuelvan a casa? *Un padre, a quien sus hijos han dado la espalda y se han ido lejos, es un padre cuyo corazón está lleno de dolor.* Así como Jesús lloró sobre Jerusalén, porque deseaba recoger sus hijos como una gallina recoge sus pollitos bajo sus alas, es verdad que el Corazón del Padre llora hoy también, pues lamenta que sus hijos no vuelvan a casa, a pesar de que Él los llama. Sí, todavía se lamenta hoy, pues Dios, el Dios Trinitario, es un Dios inmutable; el mismo ayer, hoy y siempre.

Debemos arrepentirnos por las veces en que no hemos puesto nuestra mirada en Dios, sino por el contrario, nos hemos apegado demasiado a

alguna persona, a nuestro trabajo o a los bienes materiales de este mundo. Lo hemos hecho esperar en vano nuestro regreso y esto ha causado muchos dolor a su Corazón Paternal.

Y cuando ha intentado llamarnos con sus sabias correcciones y pruebas, para que volviéramos a casa, nos hemos rehusado a permanecer con Él.

¿Qué más puede hacer con nosotros? Si no respondemos a su llamado al arrepentimiento, tal como se menciona en el libro del Apocalipsis la justa ira de Dios descenderá, porque no habrá otra manera de llamar a los hombres a regresar al hogar donde Dios les espera.

¡Oh, cuánto dolor causamos a nuestro Padre Dios y Creador! Y “los suyos” –quienes más íntimamente debieran conocer al Padre a través de Jesús– son los que especialmente, lo hacen todo tan difícil para Él.

Y así muchos, aún siendo cristianos, continúan en sus caminos egoístas. Muchos siguen luchando por obtener su propio honor. Buscan sus propios intereses mientras aseguran estar luchando por el Reino de Dios. Afirman sus derechos bajo la apariencia de luchar por la verdad. ¡Cuán ciegos están los que dicen ser sus hijos y, al mismo tiempo, siguen apegados a sus ídolos, sin reconocer su propio pecado, sobre todo el de no darle todo su amor a Él!

Sí, ¿por cuánto tiempo Dios Padre tendrá que llamarnos al arrepentimiento? Su Corazón de Padre se decepciona porque espera una sola cosa: que sus hijos vuelvan a Él, con un corazón arrepentido. Por amor a su Corazón sufriente, no permitamos que se endurezcan nuestros corazones cuando, hoy, escuchemos Su voz.



## EL SIERVO SUFRIENTE DE DIOS

Fue despreciado y desechado  
de los hombres, Varón de dolores  
y experimentado en aflicción;  
y como uno de quien  
los hombres esconden el rostro,  
fue despreciado, y no Lo estimamos.

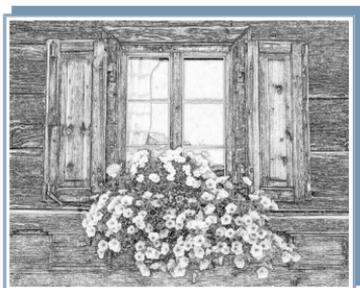
Ciertamente El llevó  
nuestras enfermedades,  
Y cargó con nuestros dolores.  
Con todo, nosotros Lo tuvimos  
por azotado, por herido de Dios y afligido.

Pero Él fue herido  
por nuestras transgresiones,  
Molido por nuestras iniquidades.

El castigo, por nuestra paz, cayó  
sobre El, Y por Sus heridas  
hemos sido sanados.

Todos nosotros nos descarriamos  
como ovejas, nos apartamos cada cual  
por su camino; pero el Señor hizo  
que cayera sobre Él  
la iniquidad de todos nosotros.

Isaías 53:3-6



## ARREPENTIMIENTO: EL LLAMADO PARA HOY Y EL LLAMADO PARA LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

“**i**A rrepiéntanse!” fue el llamado de Juan el Bautista, que preparó el camino para Jesús. De esta manera él nos enseñó un camino para poder recibir a Jesús: el del arrepentimiento. Como está escrito:

*“Preparen el Camino del Señor;  
ábranle un camino recto...  
los caminos torcidos serán enderezados  
y allanados los caminos desparejos”*

(Lucas 3.4-5).

Sólo cuando el camino ha sido preparado por medio del arrepentimiento, es decir, si se allanan las asperezas y se quitan las piedras, podrá venir Jesús, el Rey. Entonces Él encontrará un camino para llegar a los hijos de los hombres.

En otras palabras, Juan el Bautista nos muestra que Jesús necesita que las personas preparemos el camino mediante un genuino arrepentimiento en nuestras propias vidas. Así fue en la primera venida de Jesús y así será cuando Él venga en su Segunda Venida, según relatan las Escrituras de varias maneras: antes de que venga Jesús, al final de los tiempos, aparecerá Elías nuevamente, predicando el arrepentimiento (ver Mt 4.5) y las personas serán llamadas insistentemente al arrepentimiento, como por ejemplo por los dos testigos que aparecen en Apocalipsis 11.3-6.

El arrepentimiento, al igual que el juicio, debe comenzar entre los creyentes cristianos. Al final de los tiempos, un tremendo arrepentimiento tendrá lugar en el pueblo de Israel, cuando aparezca el Mesías y ellos reconozcan que es Aquél “a Quién ellos traspasaron”. Sólo que, ¿cómo podrán llegar los judíos al arrepentimiento, si los cristianos no lo hacen primero? Y, al regresar Jesús, ¿para quiénes será como Esposo Celestial y a quiénes tomará consigo, sino a los que vivan en un estado de arrepentimiento?

Leemos que hace mucho tiempo, Él vino primero a aquellos que eran discípulos de Juan el Bautista (Juan 1.35-42) y que respondían y participaban de este llamado al arrepentimiento.

A ellos llamó en primer lugar para ser sus discípulos. Asimismo sucederá cuando regrese.

En la actualidad, nuestra responsabilidad como individuos y como iglesia es doblemente grande, pues la necesidad de arrepentirnos es más urgente que nunca. Estamos en el amanecer de los últimos tiempos, en la era nuclear y, al mismo tiempo, es la época en que las profecías sobre Israel están cumpliéndose. La higuera ha comenzado a retoñar. Los judíos están volviendo a la tierra de sus antepasados como la Escritura ha profetizado. En estos tiempos finales, el cielo está aguardando, el mundo entero espera que las personas se arrepientan y preparen el camino para que, finalmente, el Señor lleve a la consumación a aquellos que le pertenecen, tomándolos para Sí. Entonces, terminará la larga espera de toda la creación, cuando los redimidos habrán regresado a Sion, habiendo sido completado en número y alcanzado la plena madurez.

Sí, toda la humanidad –el mundo entero– espera que las personas se arrepientan. En esta época terrible, en el cual se cierne una guerra nuclear sobre la humanidad, ¿qué otro llamado podría ser más urgente que éste: “¡Arrepiéntanse!”?

La era nuclear tiene una cosa que decirnos: los juicios más aterradores todavía están por venir. ¿No se asemejan estas guerras que nos amenazan, estos juicios y flagelos que sobrevendrán

sobre la humanidad, a los juicios anunciados por las trompetas en el cielo? Los capítulos 8 y 9 del Apocalipsis describen cómo la naturaleza será devastada y cómo tal guerra causará la muerte de una tercera parte de la humanidad. Aunque este libro ha sido leído durante siglos, nunca antes el ser humano había imaginado cómo tales cosas llegarían a ser una realidad. Ahora, incluso los niños, saben que el tiempo del fin se acerca. Las primeras señales han sido dadas, pues las pruebas atómicas están destruyendo la naturaleza, y esto es sólo un indicio de lo que vendrá.

Nunca antes había sido tan inminente el Juicio Divino sobre el mundo. Los juicios anteriores siempre tuvieron un propósito amoroso de parte de Dios para que su pueblo se arrepintiese. Ahora sabemos que mientras más terribles sean las pruebas, Su preocupación por el arrepentimiento es aún mayor. Sí, hoy este llamado es más fuerte que nunca, y no puede pasarse por alto, pues ofrece la última oportunidad de prepararnos para el regreso del Señor. En el propio Libro del Apocalipsis vemos cuán grande es el deseo de Dios de que las personas se arrepientan. Con cada golpe de juicio –ya sea durante los juicios de las trompetas o durante el derramamiento de las copas de ira– la pregunta de Dios siempre es: “¿Van a arrepentirse?” Pero cuán frecuentemente leemos: “y no quisieron arrepentirse” (ver Apocalipsis 2.21; 9.20-21; 16.9, 11).

¡Oh, qué esto no se diga de nosotros! Ahora, cuando el juicio de Dios está llegando a su punto cúlmine, es el momento para que el arrepentimiento en el pueblo de Dios también llegue a su punto más alto. Entre los cristianos debería haber un gran movimiento, a favor del arrepentimiento. O, ¿de qué otro modo Dios podrá salvar a los suyos, de la ira venidera? De otra forma ¿quién podría escapar de Su ira? La Sagrada Escritura contiene sólo una respuesta: aquellos que tengan un corazón quebrantado, los que se arrepientan. Jesús no quiere que a los suyos les toque la ira. La Escritura nos dice que los suyos serán arrebatados antes de que lleguen a su cumbre los terribles sufrimientos de la era anticristiana. Ésa es la razón por la cual Jesús habla de escapar de los terribles acontecimientos que sucederán. En Lucas 21.36, Él nos desafía, diciendo que los suyos deben orar “para que puedan escapar de todas estas cosas que van a suceder y para que puedan presentarse delante del Hijo del hombre”.

Sí, debemos despertar de nuestro letargo y arrepentirnos. Debemos cambiar nuestros caminos para ser realmente liberados de estos terribles juicios. ¿Cómo podremos hacerlo? Sólo si permitimos a Dios que juzgue, cada día, nuestra vida personal y la vida de nuestras iglesias. Sólo quien acepta el juicio de esta forma y ama a Jesús como su Juez, dándole

permiso para tratar cada área de su vida, podrá recibirlo como el Esposo celestial que regresa (2 Tesalonicenses 1.7-10). Por otro lado, leemos en el libro del Apocalipsis sobre aquellos que no quisieron de antemano a Jesús como su justo Juez. Cuando Él se manifieste en la plenitud de Su ira, ellos clamarán a los montes y a las peñas para que les caigan encima, escondiéndolos de la ira del Cordero (Apocalipsis 6.16).

El tiempo final es un tiempo de juicio. Ya hemos entrado en esta era. Por eso, es realmente hora de enmendar nuestros caminos y de arrepentirnos, para ser librados de los juicios de Dios que aún están por venir. Ésta será la gracia del arrebatamiento, que significa ser sacados de este mundo, mientras se realizan estos juicios, de los cuales seremos eximidos puesto que habremos sido llevados, con el Señor, al cielo (1 Tes.4.16-18). Sólo los verdaderos creyentes, cuyos corazones hayan sido purificados, participarán de este “arrebatamiento”, pues las Escrituras dicen claramente que sin santificación, nadie podrá ver al Señor (Hebreos 12.14). Cuando aparezca Jesús, revelado como el Santo de Dios en toda Su Majestad y Gloria, nadie podrá estar en su Presencia u ocupar un lugar junto a Él, a menos que haya sido santificado y transformado según su semejanza. Y esto, solamente sucederá si permitimos al Señor que nos juzgue.

Por esta razón, y porque estamos al final de los tiempos, se da la señal de la trompeta y se escucha el llamado desde el cielo: “¡Arrepiéntanse!”. ¿Quién de entre nosotros aceptará el llamado y lo proclamará a otros? Ahora, como nunca antes, es imprescindible llamar al arrepentimiento al Cuerpo de Cristo; en todos los países y en todo el mundo, para que haya un genuino impulso hacia el arrepentimiento y así, Dios pueda postergar y aun mitigar sus juicios.

Dios no quiere que nos arrepintamos tan sólo por nuestro propio bien, para ser rescatados individualmente de los juicios venideros; Él quiere también que nos arrepintamos porque somos responsables de nuestra nación y de toda la humanidad, que sigue precipitándose hacia una terrible destrucción.

El tiempo de la Gracia, el tiempo de la Paciencia de Dios, pronto terminará y la ira de Dios descenderá sobre el mundo. ¿Tenemos una idea de cuán terribles serán los juicios de Dios cuando descendan sobre el mundo? Al considerar el pasado, podemos entender que nuestra nación alemana será especialmente juzgada pues nuestras manos están manchadas con la sangre de seis millones de judíos. Nuestro arrepentimiento debe ser proporcional a nuestra culpa. Gran lamentación y llanto deben brotar del corazón de nuestra nación.

Por lo tanto, somos nosotros, los cristianos, quienes hemos acumulado a través de la historia los juicios de Dios por nuestra falta de arrepentimiento. ¡Oh, no continuemos en nuestra falta de contrición en estos últimos tiempos!.

Los fariseos y mucha “gente piadosa” estaban entre los que durante la Primera Venida de Jesús no querían ser movidos de la confianza en sí mismos. Decían: – “¿Por qué insiste Juan el Bautista continuamente sobre el mismo tema? ¿Por qué siempre predica lo mismo?”

Hoy en día sigue siendo igual. Cuando alguien enfatiza este aspecto y dice:—“¡Arrepiéntanse!”, muchos creen que es propagador de un cristianismo fanático, cerrado y triste y que no corresponde al Evangelio.

Sin embargo, ¡ése es el cristianismo bíblico!— ¡es realmente el Evangelio!, pues la contrición y el arrepentimiento nos llevan al perdón de nuestros pecados y nos proporcionan verdadera alegría y salvación. Ésa es la única vía que tiene Jesús para llegar a nosotros y salvarnos del juicio.

Por esa razón, el llamado al arrepentimiento es muy oportuno en nuestros días.



¡Gracia abundante  
le será dada a todo aquél  
que tenga un corazón  
arrepentido durante  
estos tiempos finales!

Quien se arrepiente verdaderamente recibirá tanta Gracia Divina como así los no arrepentidos recibirán de los juicios que caerán sobre el mundo. Jesús vendrá de nuevo en Gloria y Majestad, inmensas, sobre las nubes del cielo y pondrá a cada uno de los arrepentidos ante su Divina Presencia. Y cada uno de ellos será transformado en un abrir y cerrar de ojos.

Cuanto más humilde haya sido, en su arrepentimiento, con mayor gloria será exaltado. Así como se vistió de lágrimas y arrepentimiento, sufriendo a causa de sus pecados, ahora será vestido con la vestidura nupcial que resplandece

como el sol (Mateo 13.43), al entrar en la sala de las Bodas del Cordero.

El arrepentimiento y el juicio han de ser directamente proporcionales. Y en relación al arrepentimiento, serán el perdón y la gloria que le seguirán, y son inimaginables. Por lo tanto, el llamado al arrepentimiento es la Voz de Dios hablándonos durante los últimos tiempos, y dice su Palabra: *“Dichosos los que escuchan la palabra de Dios, y la obedecen”* (Lucas 11.28 RVC, Apocalipsis 1.3 y 22.7).

Bienaventurados son los que responden al llamado de arrepentimiento –que es el ofrecimiento del Amor de Dios– pues experimentarán un anticipo del Reino de los cielos aquí y ahora.

Pero eso no es todo: estarán preparados para el Señor, preparados para celebrar con Él la Cena de las Bodas del Cordero.



“El que declara esto, dice:  
‘Sí, vengo pronto’. Así sea.  
¡Ven, Señor Jesús!”

Apocalipsis 22.20

## ORACIÓN PIDIENDO EL ARREPENTIMIENTO

Amado Señor Jesús:

Te pido lo que anhelo tener en mi vida: tu gran don del arrepentimiento. Envíame por tu gracia el Espíritu de verdad para que yo pueda verme en tu luz y reconocer la profundidad de mi pecado.

Ayúdame a recibir tu Palabra como tu medida para mis pensamientos y mis palabras, para lo que hago y lo que dejo de hacer, para mi trabajo y actividades.

Apártame de tomar mis propias medidas baratas. Ayúdame a tomar como un mandato tus enseñanzas del Sermón del Monte y tus Diez Mandamientos. Por ellos, concédeme que yo pueda verme como Tú me ves y juzgarme como Tú me juzgarías un día si no me arrepiento de mi pecado.

Por medio de tu Espíritu Santo, ayúdame a discernir tu amonestación amorosa en todo lo que me sucede, especialmente en tus correcciones. Y dame la gracia para aceptarla con toda mi voluntad.

Responde mi oración, dándome un corazón quebrantado y contrito, que no se autojustifique ni continúe satisfecho consigo mismo, sino un corazón que lllore por sus pecados y luego se alegre a causa de tu perdón.

Te doy gracias porque sé que responderás a esta oración por contrición y arrepentimiento diario,

porque nada te alegra más que un pecador que derrama lágrimas de arrepentimiento.

Por eso, no miraré a mi corazón endurecido e impenitente, sino a Ti, Señor mío, Jesucristo. Tú viniste para destruir toda autojustificación y dureza de corazón, y ganaste para mí, por medio de tu Redención, un corazón nuevo, tierno y humilde.

Por eso, ayúdame a perseverar en oración y fe hasta que se haya derretido mi corazón endurecido y pueda llorar a causa de los agravios que te he causado Señor mío, y también a mis semejantes.

Yo sé que me darás la gracia de poder llorar a causa de mi vieja naturaleza pecaminosa, mi dureza y aspereza, falta de misericordia y de bondad, mi crítica, murmuración, celos y envidia, mi falta de sinceridad, mi dependencia de las personas y de las cosas materiales de este mundo. Señor, yo sé que que Tu me cambiarás completamente.

Te doy gracias, oh Señor, porque me darás lo que me falta, el arrepentimiento, para que mi vida sea completamente transformada, y por él crezca en mí, la vida divina y el amor por Ti.

Que con mi vida redimida y feliz por ser un pecador perdonado, yo te pueda alabar aquí en la Tierra y estar preparado para celebrar contigo el Banquete de las Bodas del Cordero en la gloria celestial. Amén.

## ORACIÓN DE UN PECADOR ARREPENTIDO

Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones. Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado. Yo reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado. Contra ti he pecado, sólo contra ti, y he hecho lo que es malo ante tus ojos... Yo sé que tú amas la verdad en lo íntimo; en lo secreto me has enseñado sabiduría. Purifícame con hisopo, y quedaré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva la firmeza de mi espíritu. No me alejes de tu presencia ni me quites tu santo Espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación; que un espíritu obediente me sostenga. Abre, Señor, mis labios, y mi boca proclamará tu alabanza. El sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido. En tu buena voluntad, haz que prospere Sión; levanta los muros de Jerusalén.

(Tomado del Salmo 51)

## OTROS LIBROS DE LA MISMA AUTORA

**ALGUNOS DE ESTOS LIBROS LOS PUEDES  
DESCARGAR GRATIS HACIENDO CLIC EN  
ESTE LINK**

**<https://kanaanhispano.net/descargas/>**

***Protegidos por Sus manos*** 100 pp.

Pequeñas meditaciones sobre cómo vencer el temor y poder encontrar refugio en Dios.

***Más precioso que el oro*** 100 pp.

Este devocional inspirador nos da cada día un versículo bíblico, y explica cómo ponerlo en práctica. Así descubriremos la bendición y la alegría que viene por buscar y guardar los mandamientos del amor de Dios.

***Encontré la llave al corazón de Dios*** 488 pp.

Una autobiografía de la fundadora de la Hermandad Evangélica de María, en la que relata su historia íntima en el camino del Señor.

***Espejo de conciencia*** 32 pp.

Aquí examinamos nuestro corazón a la luz del Nuevo Testamento y recibimos ayuda para la relación correcta con Dios y nuestro prójimo por la fe.

***El secreto de la oración diaria*** 48 pp.

Un librito que muestra cómo la oración puede ser puesta en acción en las distintas situaciones de la vida.

***Realidades, milagros de Dios hoy*** 194 pp.

Testimonios verídicos de la hermandad, de cómo Dios contesta la oración e interviene en situaciones imposibles.

***Guiados por el Espíritu*** 136 pp.

“Por primera vez habiendo leído este libro, tengo una relación personal con el Espíritu Santo y estoy tan agradecido a Él. Ahora sé que Él me está acompañando.”

***Aquellos que le aman*** 106 pp.

Cómo tener un amor personal y continuo hacia Jesús.

***Así seremos diferentes*** 224 pp.

La autora trata de los rasgos pecaminosos uno por uno, mostrando la forma de vencer en la batalla contra el pecado.

---

“¡La culpa es de él!”—“¡ La culpa es de ella!” ¿Hay alguna manera para sanar el distanciamiento?

Las relaciones con los demás se transformarían radicalmente, si pudiéramos vernos a nosotros mismos como realmente somos: muy poco agradables cuando vivimos sin amor. Y sin embargo, amados por Dios.

En este libro M. Basilea Schlink comparte la verdad de la Palabra de Dios, enfatizando los puntos críticos de la vida cotidiana. Ni los matrimonios, ni las iglesias, ni las comunidades pueden sobrevivir sin el arrepentimiento.



El arrepentimiento significa amar a Dios y estar bien con Él y nuestro prójimo. Aceptar nuestra parte de la responsabilidad y culpa, perdonar como Dios lo hizo con nosotros, andar la segunda milla...

¡El arrepentimiento es la puerta de entrada para vivir con plena alegría la restauración de las relaciones que una vez se rompieron!

---